



LO HIZO POR TI

EL PLAN
MARAVILLOSO
DE DIOS
PARA TU
REDENCIÓN

ATILIO RENÉ DUPERTUIS

LO HIZO POR TI

EL PLAN

MARAVILLOSO

DE DIOS

PARA TU REDENCIÓN

ATILIO RENÉ DUPERTUIS

Pacific Press Publishing Association

Nampa, Idaho

Oshawa, Ontario, Canadá www.pacificpress.com

Redacción: Miguel Valdivia
Portada: Micheile Petz
Ilustraciones de la portada © Photodisc Inc. (se añadieron
las tres cruces)
Diseño del interior: Steve Lanto

A no ser que se indique de otra manera, todas las citas de
las Sagradas Escrituras están tomadas de la versión Reina-
Valera. revisión de 1960

Derechos reservados © 2001 por
Pacific Press® Publishing Association.
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
sin el permiso de los editores.

Editado e impreso por
PUBLICACIONES INTERAMERICANAS
División Hispana de la Pacific Press® Publishing
Association
P. O. Box 5353, Nampa, Idaho 83653,
EE. UU. de N. A.

Primera edición: 2001
60.000 ejemplares en circulación

ISBN 0-8163-9425-3
Printed in the United States of America

02 03 0405 06 • 5 43 2 1

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	4
1. NECESIDAD DE REDENCIÓN.....	9
2. LAS CREDENCIALES DEL REDENTOR.....	21
3. EL COSTO DE LA REDENCIÓN	33
4. EL MÉTODO DE LA REDENCIÓN	44
5. LOS EFECTOS DE LA REDENCIÓN	59
6. LOS FRUTOS DE LA REDENCIÓN	72
7. LAS LUCHAS DE LOS REDIMIDOS.....	83
8. LA VIDA DE LOS REDIMIDOS.....	94
9. LA ESPERANZA DE LOS REDIMIDOS	104
10. EL HOGAR DE LOS REDIMIDOS	116
CONCLUSIÓN	124

INTRODUCCIÓN

El 12 de agosto del año 2000 el mundo fue conmovido por la noticia del hundimiento del Kursk, un submarino nuclear ruso, en las heladas aguas del mar de Barents, al norte del círculo ártico. Llevaba en ese momento una tripulación de 118 personas. Expertos rusos estimaron que el submarino tenía suficiente oxígeno para que la tripulación pudiera sobrevivir por unas dos semanas. Los intentos de rescate se dificultaban debido a las condiciones adversas del tiempo: había fuertes vientos y poca visibilidad. Desde el mismo comienzo la prensa describía la situación de la tripulación como "extremadamente grave".

Varios días más tarde, cuando algunos buceadores lograron llegar al submarino que se encontraba a 108 metros de profundidad, y abrieron una de sus puertas, descubrieron lo que se temía, que no había ningún sobreviviente. Una nota encontrada en el bolsillo del uniforme de uno de los primeros cuerpos rescatados, reveló que 23 de los tripulantes permanecieron con vida por algún tiempo

después de la explosión que causó el hundimiento de la nave y la muerte de sus tripulantes.

La nota, "escrita a ciegas" en lo profundo del mar por el capitán Koiesnikov decía en parte: "Toda la tripulación de los compartimentos seis, siete y ocho nos reunimos en el compartimento noveno. Hay 23 personas aquí. Tomamos tal decisión debido al accidente. Ninguno de nosotros puede subir a la superficie". La explosión del submarino dejó la nave y la tripulación en una situación angustiada. No había esperanza para ninguno de ellos, a menos que alguien viniera con urgencia en su auxilio. Lamentablemente, el rescate nunca llegó. Todos murieron.

EL NAUFRAGIO DE LA HUMANIDAD

Este incidente lamentable pinta con mucho realismo la **situación en la** que se encuentra el ser humano. La raza **humana** también ha sufrido un accidente, un naufragio que **La ha** dejado en una situación por demás angustiada. No hay esperanza para el hombre a menos que el rescate venga de afuera. Él no podrá jamás recuperarse, subir a la superficie por sí mismo. Esta situación apremiante se debe a los efectos destructivos del pecado, de la desobediencia que lo separa de Dios.

Nuestra civilización da por sentado la realidad de la maldad dei hombre. Las leyes que nos gobiernan nos dicen **que** no se puede confiar en los demás: para cada trámite se necesita un contrato, firmado, notariado. Hay policías en todas partes que vigilan para que el hombre no evada el cumplimiento de las leyes. En vez de confiar en los demás, debemos protegernos, vivir a la defensiva, levantar **barreras**.

No hay seguridad. Cuando se viaja en avión, en el **aeropuerto** revisan al equipaje, y aun al viajero, porque se sospecha de la mala intención de algunos; y aunque a

veces resulta incómodo, uno lo aprecia, ya que aviones han sido destruidos en pleno vuelo por personas mal intencionadas. Hay rejas en nuestras casas. Ponemos candado a la puerta cuando salimos, o aun cuando estamos dentro.

La realidad del mal no es algo localizado en una región, en un cierto grupo de personas. Es de alcance universal, es parte de la naturaleza humana que se manifiesta en todo individuo, no importa su nivel social o económico; no importa el lugar geográfico de su procedencia. Somos "malos" por naturaleza. Nos dice la Escritura que "todos pecaron" (Romanos 3:23), pero además de eso, también nos dice que pecamos porque somos pecadores por naturaleza, así nacemos. "El pecado entró en el mundo por un hombre... todos pecaron" (Romanos 5:12). Aquí se refiere a nuestra conexión con Adán, a nuestra pecaminosidad por ser sus descendientes.

Cuando la Biblia habla de *pecado*, se refiere a la maldad del hombre que se manifiesta en desobediencia a la voluntad divina (1 S. Juan 3:4). En cierta oportunidad Jesús se refirió a la realidad humana cuando dijo: "Pues si vosotros, *siendo malos...*" (S. Lucas 11:13). Y así es, el hombre es malo por naturaleza. El apóstol Pablo pintó en forma tersa el cuadro en el cual se encuentra el hombre cuando escribió que "No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno" (Romanos 3:10-12). Este mal no es algo superficial, aprendido del ambiente, sino que ha penetrado a lo más profundo del ser. La Biblia nos dice: "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?" (Jeremías 17:9). Así nacemos.

JESÚS, EL REDENTOR

Lo que es alentador, a diferencia de lo que le sucedió a la tripulación del submarino ruso, es que el auxilio llegó a tiempo para el hombre perdido. El Dios del universo no puede ser tomado por sorpresa. En su plan maestro había provisión para la eventualidad de un accidente. El apóstol Pedro nos habla del plan divino de rescate cuando dice: "Sabiedo que *fuisteis rescatados* de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, *ya destinado desde antes de la fundación del mundo*, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros" (1 S. Pedro 1:18-20, la cursiva es nuestra en este texto y otros citados más adelante).

Este **pasaje** contiene varias cosas de profundo **significado**. En primer lugar, nos dice que hemos sido rescatados. Tan pronto como la rebeldía entró en el mundo, Dios echó a andar un plan efectivo de rescate que logró sus objetivos. La causa del problema en el cual nos encontrábamos se debe a que somos descendientes de Adán, por medio de quien el pecado entró en el mundo. Como resultado del pecado, la naturaleza de Adán quedó depravada, y nosotros hemos heredado la pecaminosidad. Otro asunto de mayor importancia que menciona Pedro es que la redención no fue lograda por medios humanos: no con oro, ni plata, ni obras, ni méritos personales, sino que fue lograda por medio de "la sangre de Cristo" quien murió en la cruz en lugar del hombre culpable, y así logró traerlo a la superficie.

La manifestación de Jesús "en los postreros días," su nacimiento en Belén, su ministerio terrenal, y finalmente su muerte en la cruz, fueron el desarrollo de un plan que sólo un Dios sabio y lleno de amor podría haber instituido.

8-LO HIZO POR TI

Nos dice la Escritura que Jesús "vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (S. Lucas 19:10). Al dar su vida en la cruz, el Señor Jesús restauró a toda la humanidad al favor de Dios, porque "*Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo*" (2 Corintios 5:19).

En las páginas siguientes será nuestro privilegio compartir con nuestros amables lectores los aspectos principales del drama redentor, del mayor rescate que jamás se haya llevado a cabo. Empezaremos con el naufragio de la raza en Adán, con todas sus consecuencias funestas, y entonces veremos los detalles más importantes del maravilloso plan de salvación elaborado en las cortes celestiales.

Capítulo 1

NECESIDAD DE REDENCIÓN

Uno de los eventos más conocidos en la historia de la antigua Roma es el momento cuando el general Julio César cruzó el Rubicón, un pequeño río que corre en la parte norte de Italia. Era el año 49 antes de Cristo. Julio César, con su ejército, se encontraba estacionado al norte de este río. Todo estaba en paz con el senado romano mientras él permaneciese de su lado. El cruzar el río equivaldría a un serio desafío a la autoridad y una abierta declaración de guerra.

Cierto día, en completa desobediencia a las órdenes del senado, Julio César se atrevió a cruzar el río prohibido, al tiempo que invocaba las palabras que desde entonces han sido muy conocidas: *Alea iacta est* (la suerte está echada). Ese hecho, el cruce del río, desencadenó una guerra civil, larga y costosa para Roma. Y aunque Julio César ganó temporalmente y consiguió asumir el poder, cuatro años más tarde lo perdió todo al ser asesinado por Bruto, su propio hijo adoptivo, según nos cuenta la historia. Todavía

hoy las palabras de Julio César, "la suerte está echada", se usan para indicar una decisión arriesgada, peligrosa, un momento decisivo.

La situación de la humanidad refleja claramente que ésta también ha cruzado su Rubicón, que se ha rebelado contra la autoridad del Creador, que está en guerra. ¿Qué fue lo que ocurrió? ¿A qué se debe esta enemistad con el Cielo? La historia bíblica nos cuenta del momento decisivo cuando el hombre se atrevió a desobedecer, a cruzar una línea que no debía cruzar. Fue en ese momento cuando comenzó la guerra con el Cielo, que también ha resultado muy larga y costosa, una guerra que ha sumido a la humanidad entera en tinieblas y desgracia.

No es necesario argumentar demasiado para convencernos de que algo anda terriblemente mal con el hombre. Para entender mejor la situación en la que se encuentra la humanidad debemos remontarnos al principio de todas las cosas. La Biblia es muy clara al respecto.

EL ORIGEN DEL HOMBRE

Cuando las cosas tuvieron su comienzo en esta tierra, nos dice la Biblia, todo era armonía y perfección. El origen del ser humano se encuentra en los propósitos de un Dios amante y generoso. En palabras sencillas, imposibles de mal entender, la Escritura nos dice: "Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra lo creó" (Génesis 1:27). Y como es de esperar, al salir de las manos del Creador, Adán y Eva reflejaban la perfección divina: "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera" (Génesis 1:31).

La idea muy popular hoy de que el origen del hombre se encuentra en un lejano pasado, tal vez muchos millones de años atrás, y que llegó aquí a través de un largo proceso evolutivo en el que nuestros antepasados inmediatos fueron

animales, fue inventada por personas que, deslumbradas por algunos aciertos de la ciencia, perdieron su confianza en la veracidad de la Palabra de Dios. Pero estas teorías, porque no son más que eso, no satisfacen, no ofrecen ninguna respuesta para los grandes interrogantes del alma.

Pero no; el hombre fue creado por Dios. Dios es nuestro Padre. Cuando Jesús enseñó a sus discípulos a orar, comenzó su oración modelo con palabras llenas de un **profundo** significado: "*Padre nuestro*" (S, Mateo 6:9). El plan original de Dios era que sus hijos disfrutaran de su presencia y compañía, así como la disfrutaban los hijos con sus padres.

Ese "Padre nuestro" es, además, el creador de las leyes que gobiernan su vasto universo. Todo funciona bajo un orden determinado; nada es dejado al azar. Se puede calcular con exactitud matemática la posición de los astros con cientos de años de anticipación. En momentos de escribir estas líneas oímos del eclipse solar que ocurrió en Navidad (el 25 de diciembre del año 2000), Los astrónomos ya nos han anticipado que habrá que esperar 307 años, hasta el 25 de diciembre del año 2307, para que se produzca otro eclipse solar en Navidad. ¿Y cómo lo saben? Estudiando las leyes que rigen el universo con una precisión inalterable.

Ese Dios todopoderoso y amante, que creó las leyes que gobiernan el universo, también tiene leyes para guiar la vida y la conducta de sus hijos. No se podría esperar otra cosa. El sabe qué es lo mejor para sus criaturas. El Creador dio instrucciones a sus hijos en el Edén y esperaba que ellos obedecieran. Se las dio para bien de ellos. Además, Adán y Eva debían ser probados y así demostrar su lealtad y amor a Dios. Fueron informados que en medio del huerto, el hermoso hogar que había sido preparado para ellos, había un árbol del cual no debían comer. "Y mandó Jehová Dios

al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Génesis 2:16, 17). Esta era una orden, una "ley" que debían regir su conducta. Era su Rubicón, la línea que no debían cruzar.

TRAGEDIA EN EL EDÉN

El libro de Génesis, el libro de los orígenes, nos habla no sólo del origen divino del hombre, sino también de su desobediencia, de su naufragio, de la tragedia que ocurrió en el Edén, que hundió al hombre en las profundidades abismales del pecado. El capítulo tres de Génesis es muy sombrío, ya que nos cuenta de la desobediencia de nuestros primeros padres, de la entrada del pecado y del dolor en el universo. Nos informa de la caída del hombre de su estado de inocencia y perfección a una situación de confusión y dolor. Nos habla del inicio de la rebelión.

El tentador, en forma de serpiente, se hizo presente junto al árbol de la ciencia del bien y del mal, insinuándole astutamente a Eva que había ventajas en probar el fruto de ese árbol, que no morirían al hacerlo, que no había razón para que se limitara su libertad. Al contrario, eso les permitiría entrar en una esfera más elevada en su existencia. "Seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal" (Génesis 3:5), dijo disimulando sus perversas intenciones. Y así engañada, "vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella" (Génesis 3:6). En vez de recibir los beneficios sugeridos por el tentador, tan pronto como comieron se dieron cuenta que habían sido engañados, que lo habían perdido todo.

EFFECTOS INMEDIATOS DEL PECADO

La desobediencia al expreso mandato de Dios trajo sobre los transgresores y aun sobre la naturaleza misma, consecuencias inmediatas y funestas que hablan del origen del pecado y el drama entre el bien y el mal. Hay quienes se preguntan qué fue lo que pasó con la sentencia de muerte que había sido pronunciada sobre Adán y Eva en caso que desobedecieran, ya que ellos no murieron al comer del fruto prohibido. ¿No había dicho Dios, que *el día* que comieran **del** fruto prohibido morirían? ¿No tuvo razón la serpiente? Pues comieron y aparentemente nada sucedió, no murieron ese día.

Y si Adán y Eva no murieron, ¿que sucedió? El hecho de que Adán y Eva no huyan sido destruidos ese mismo día **habla en forma** elocuente del amor y la misericordia de Dios. **Teniendo** todo el derecho de aplicar la sentencia anunciada previamente y destruirlos inmediatamente, Dios decidió hacerlos el objeto de su misericordia. Movido por su amor buscó !a manera de rescatar a sus hijos perdidos que, como veremos más adelante, fue logrado a un costo infinito para el cielo.

En cierto sentido, sin embargo, ese día murieron. En el momento mismo de su desobediencia, Adán y Eva perdieron la inmortalidad. En otras palabras, *ese día comenzaron a morir*. Desde el momento en que desobedecieron, sus días estuvieron contados. Ese día comenzó para ellos la cuenta regresiva. El feliz destino que podía haber sido de ellos quedó truncado. Y aunque Adán vivió muchos años comparado con lo que viven sus descendientes hoy, finalmente la sentencia: "... polvo eres, y al polvo volverás" (Génesis 3:19), se cumplió inexorablemente, es decir, terminó de cumplirse. Adán murió.

Lo que es todavía más trágico es que como resultado del pecado, Adán y Eva murieron espiritualmente. Aunque

Adán no murió físicamente ese día, espiritualmente murió en el momento en que comió del fruto prohibido. El pecado hace separación entre Dios y el hombre (Isaías 59:2); aleja al hombre de Dios. Desde entonces el problema de la humanidad es de carácter espiritual. El hombre separado de Dios está espiritualmente muerto, es totalmente insensible a las cosas de Dios.

Además, desde el momento en que comió del fruto prohibido, Adán estuvo bajo sentencia de muerte, condenado delante de Dios; la sentencia de muerte no fue anulada. No había esperanzas para él a menos que alguien lo rescatara. Otra consecuencia trágica del pecado fue que éste afectó la naturaleza misma de Adán, trastornó todos sus valores. Como resultado del pecado, el hombre quedó deprimado, totalmente incapacitado para reponerse por su propia cuenta. Perdió la capacidad de escoger el bien. No pudo ya deshacer los efectos de su transgresión. Perdió la libertad con que fue creado.

Un escritor cristiano trató de ilustrar de la siguiente manera la realidad en la que se encuentra el hombre privado de su libertad. Se imagina que Dios creó a Adán al borde de un precipicio y le dijo: "Adán, no saltes al precipicio. Si lo haces, no podrás volver a subir donde estás ahora". Mientras Adán permaneciera en el lugar donde Dios lo había creado, estaría libre para saltar o no saltar. Podía escoger; el hacerlo o no hacerlo era su decisión; tenía libre albedrío total.

Una vez que decidió saltar, sin embargo, y se halló en el fondo del abismo, perdió parte de su libertad. Tenía todavía un cierto grado de libertad. Estaba libre para caminar en el precipicio, sentarse si lo deseaba. Podía elegir conformarse con su situación o quejarse. Podía pedir ayuda o guardar silencio. Tenía libertad en todas esas áreas. Pero en el área crucial, la de salir del precipicio, se encontraba totalmente

impotente. No podía salir, y no saldría a menos que alguien lo sacara.

Así como el hombre no puede, por más que se afane, "añadir a su estatura un codo" (S. Mateo 6:27), según lo dijo Jesús, de igual manera no podrá nunca salir por sus propios esfuerzos del abismo donde cayó. El apóstol Pablo habla de esta imposibilidad cuando dice que "los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios" (Romanos 8:7, 8).

Este texto y muchos otros hablan de una pérdida de libertad, de una depravación radical de la naturaleza del hombre. Nos dicen que sin la ayuda del Espíritu Santo el pecador no puede oír la voz de Dios ni arrepentirse, obedecer su ley, o amar a su prójimo. No puede elevarse a la superficie.

Cuando Adán y Eva oyeron la voz de Dios que había descendido al jardín después de su transgresión, en vez de alegrarse como solían hacerlo antes en su estado de inocencia, se escondieron, "tuve miedo" (Génesis 3:10), le dijo Adán a su Hacedor. Estos son todavía hoy los efectos del pecado. Las ventajas y el placer prometidos son apenas pasajeros y pronto se convierten en cenizas. Nunca se encuentra verdadera paz en los caminos de la transgresión.

La Biblia dice que tan pronto como nuestros primeros padres comieron del fruto prohibido, se dieron cuenta que estaban desnudos. En forma por demás significativa, esto nos hace pensar que algo se había desquiciado, que su atención estaba ahora centrada en ellos mismos. En vez de mirar hacia afuera, en busca de Dios, se miraron a sí mismos; su atención se volcó hacia adentro.

La esencia misma del pecado es el egoísmo, es mirar hacia adentro. El pecado cambió el centro de interés en el hombre. El hombre se convirtió en el centro de su universo. Todo lo demás pareciera ser secundario, y está a su servicio.

En vez de amar a su prójimo y servirlo, lo engaña y lo explota para su propio beneficio. Los que tienen abusan de los menos privilegiados. El apóstol Santiago nos habla de la realidad social de sus días, que es muy similar a la de nuestros días: "He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros" (Santiago 5:4). El problema está en el corazón del hombre. Se abusa de los más débiles. Hay personas desalmadas que hacen fortunas traficando con drogas, sabiendo que resultará en desgracia y con frecuencia en la muerte. Nada ha cambiado.

Desde entonces es natural para el corazón humano, en vez de buscar a Dios y su ayuda, intentar solucionar sus problemas con sus propias manos. Qué hermoso fuera si la Biblia dijera que cuando Adán y Eva se dieron cuenta de los efectos de su desobediencia hubieran corrido por todos los rincones del jardín tratando de encontrar a Dios para pedirle auxilio. Pero no; se escondieron, y cosieron hojas de higuera para cubrir su desnudez. Y así tuvo su origen la religión de elaboración humana, donde el hombre depende de sus obras en vez de buscar a Dios.

LA DESCENDENCIA DE ADÁN

Alguien dijo que la palabra más importante en el vocabulario humano es la palabra "Dios," porque sólo él puede darle significado a la vida. Pero muy cercana en importancia se encuentra la palabra "pecado". Todo el plan de la redención gira en torno a estos dos vocablos: Dios que salva, y el pecado que hunde en la miseria. Es por eso que es de suprema importancia comprender bien la naturaleza del pecado. Un concepto equivocado de pecado va a afectar la comprensión de todo otro conocimiento religioso, especialmente la doctrina de la redención, ya que la misión de Jesús fue salvar "a su pueblo de sus pecados" (S. Mateo 1:21).

¿En qué forma participan los descendientes de Adán del pecado de sus padres? Hay quienes insisten en que el pecado de Adán le afectó sólo a él y no a sus descendientes. Que cada uno nace como una página en blanco, que es el ambiente el que desorienta y pervierte. Pelagio, un monje británico que vivió a principios del siglo V después de Cristo, popularizó este punto de vista.

Pero no, tanto la Biblia como la experiencia humana atestiguan que los descendientes de Adán participan al nacer de la situación deteriorada en la que él se encontró después de desobedecer a Dios. Nacen separados de Dios, con una naturaleza dañada, con inclinaciones Irreversibles hacia el mal, centrados en sí mismos. La Biblia es muy enfática al respecto. Nos dice que el corazón es engañoso "más que todas las cosas, y perverso" (Jeremías 17:9).

Caín, el primer hijo que nació a la pareja desobediente, nació ya malogrado. Sin estar rodeado por un ambiente pervertido o compañías corruptas, pronto mostró sus colores. En un momento de ofuscación mató a su hermano Abel, y así se convirtió en el primer criminal que hubo sobre esta tierra (ver Génesis 4:1-8). Varios siglos después del Edén, Dios vio que "el designio de los pensamientos del corazón de ellos [de los hombres] era de continuo solamente el mal" (Génesis 6:5), lo que lo llevó a destruir la tierra por medio de un diluvio. En esta catástrofe universal hubo sólo ocho sobrevivientes (2 S. Pedro 2:5). Sus descendientes pronto siguieron los caminos tortuosos de sus antepasados.

A los efectos del pecado de Adán en su descendencia se conoce, en términos teológicos, como "pecado original". Esta expresión no se usa para referirse al origen del pecado, sino más bien a los efectos del pecado de Adán en su descendencia. Habla de la herencia, de la pecaminosidad universalmente heredada por los

descendientes de Adán. En un pasaje muy conocido de la Biblia el rey David declara que la pecaminosidad comienza en el momento mismo de la concepción: "He aquí que en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Salmo 51:5). De una manera difícil de entender, porque no está revelado en la Escritura, la pecaminosidad se transmite de padre a hijo.

El apóstol Pablo nos recuerda que somos "por naturaleza hijos de ira" (Efesios 2:3). No se trata de algo que se contagia del ambiente o que se desarrolla con el pasar del tiempo, sino de algo que es parte de la misma naturaleza del hombre. Agrega el apóstol, "por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, *por cuanto todos pecaron*" (Romanos 5:12). Subrayamos la última parte del texto porque el tiempo del verbo en el original indica algo que ha ocurrido en el pasado. Una mejor manera de expresar lo que dijo el apóstol sería que en Adán "todos han pecado". Los descendientes de Adán están manchados. El hombre es pecador antes de cometer ningún acto pecaminoso por sí mismo.

No sólo el pecado es heredado, y en forma universal, sino que sus efectos son radicales, profundos. Los estudiosos de la Biblia le llaman "depravación total" a la realidad en la que se encuentra el ser humano al nacer. Debido al pecado de Adán el hombre es incapaz de buscar a Dios y encontrar salvación por sí mismo. Está espiritualmente muerto (ver Efesios 2:1). Depravación total no quiere decir que el ser humano no puede ser más depravado y perverso de lo que es, ni tampoco que todos los seres humanos son igualmente depravados. Sencillamente quiere decir que el hombre en su totalidad, espíritu, alma y cuerpo está manchado por el pecado, que está en una total bancarrota espiritual, y no puede auto librarse.

LA RESPUESTA DIVINA

Si bien el capítulo tres del libro de Génesis es muy sombrío, como decíamos más arriba, es a la vez glorioso. Es difícil encontrar otro lugar en la Escritura donde se ponga de relieve en forma tan maravillosa la verdad de que Dios es amor. La segunda parte de este capítulo habla de cómo actuó Dios en la emergencia, cuando sus hijos desobedecieron, en ese momento sombrío para el universo. En vez de aplicar el castigo que merecían sus hijos extraviados, les ofreció redención.

El mismo fue a buscarlos. Ellos nunca hubieran vuelto a Dios por su cuenta. Dijimos más arriba que el pecado los dejó espiritualmente muertos, insensibles a las cosas de Dios. Pero Dios tomó la iniciativa, y tiernamente llamó: "¿Dónde estás tú" (3:9). En esta pregunta iba reflejada la justicia de Dios, que no puede tolerar el pecado, como también su amor, que se deleita en perdonar.

En esa entrevista les dio el Evangelio, y para que no hubiera lugar a confusión, lo hizo en dos formas diferentes: verbal y simbólica. En forma verbal, les habló de un sustituto, de la simiente de la mujer que vendría a tomar su lugar y recibiría la herida que ellos merecían (ver Génesis 3:15). Y en forma de símbolo o tipo, cuando como dice la Escritura: "Jehová Dios hizo al hombre y a su **mujer** túnicas de pieles y los vistió" (Génesis 3:21). Un animal inocente tuvo que dar su vida para que ellos pudieran ser cubiertos con su piel. Ese cordero representaba al Señor Jesús, y las pieles fueron desde entonces un símbolo de la justicia divina que cubre las imperfecciones del pecador arrepentido.

Adán y Eva tendrían que llevar las consecuencias de su desvío, pero lo harían fortalecidos por la seguridad de que Dios todavía los amaba. Por eso, antes de salir del Edén recibieron esta doble seguridad. Y esta promesa de redención pronunciada en el Edén corre como una hebra

de oro a través de todo el Antiguo Testamento, hasta que encuentra su cumplimiento, miles de años más tarde, en la venida de Jesús, "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (S. Juan 1:29). Cuando Adán y Eva salieron del Edén, porque fueron expulsados de allí, lo hicieron con la seguridad de que había esperanza, que volverían a recuperar lo perdido. Dios les prometió un redentor, un sustituto. Y el capítulo tres del libro de Génesis habla tanto de la esclavitud causada por el pecado, como de la redención motivada por el amor de Dios.

La situación del hombre no ha cambiado. Todos somos descendientes de Adán, porque "de una sangre ha hecho [Dios] todo el linaje de los hombres" (Hechos 17:26). El pecado nos ha incapacitado tanto como a Adán. Nuestra situación es también desesperante. Por nuestra propia cuenta jamás podremos subir a la superficie. Pero lo hermoso es que Dios tampoco cambia. "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos" (Hebreos 13:8). "Dios es amor (1 S. Juan 4:8); y lo será por toda la eternidad.

El mismo Dios que buscó a nuestros primeros padres en su momento de desgracia y pecado, nos busca también a nosotros. Y así como llamó a Adán y a Eva, nos llama a nosotros para extendernos su misericordia. En el último libro de la Biblia encontramos palabras reconfortantes y animadoras: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20). El Señor llama pero no fuerza la entrada. El abrir o no abrir es responsabilidad nuestra. Pero la Palabra de Dios es clara cuando nos amonesta: "Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones" (Hebreos 3:7, 8). Mañana podría ser demasiado tarde.

Capítulo 2

LAS CREDENCIALES DEL REDENTOR.

Leíamos hace un tiempo la historia de una abuela a quien le encargaron el cuidado de su nietecita de dos años de edad. En un momento de descuido, la pequeña se cayó en la piscina. Desesperada ante la emergencia, y aunque ella misma no sabía nadar, la abuela se arrojó al agua. Horas más tarde los cuerpos de ambas fueron retirados de la alberca. Las buenas intenciones de esta noble anciana no fueron suficientes. ¿Por qué fracasó en su misión de salvar a la niña? Porque no estaba capacitada para lo que intentó hacer.

Para poder rescatar a alguien que se está ahogando hay que estar calificado para hacerlo; es indispensable, por lo menos, saber nadar. Por buena voluntad que se tenga, si uno mismo necesita ser rescatado en una situación tal, no será de mucha ayuda al tratar de rescatar a otro; sería además poco juicioso intentarlo.

CALIFICACIONES INDISPENSABLES

En el capítulo anterior hablamos de la cruda y deplo-

rabie realidad en la que se encuentra el ser humano debido al pecado. "Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos 3:23), es el veredicto inequívoco de la Palabra de Dios. Desde el momento en que nacemos todos estamos involucrados en esta realidad; nos encontramos sin esperanza, en un callejón sin salida.

El pecado no sólo separa de Dios, sino que deprava la naturaleza de! hombre, al punto que éste no puede salir solo de la difícil situación en que se encuentra. Es como si hubiéramos caído en aguas profundas y no supiéramos nadar. Si vamos a ser rescatados antes de perecer, necesitamos que alguien nos auxilie, alguien que no sólo esté dispuesto a socorrernos, sino que esté capacitado para hacerlo, que sepa nadar.

El éxodo, la historia de la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud egipcia, ocupa un lugar prominente en las páginas del Antiguo Testamento. Cuando Dios decidió liberar a este pueblo envió a Moisés como su mensajero escogido. Los "hermanos" de Moisés no podían liberarse solos; la rigidez de la esclavitud a la que estaban sometidos hacía de tal cosa mía total imposibilidad. Moisés estaba en condiciones de ser el instrumento de liberación. Había crecido en el palacio del rey, y él no era esclavo; a él lo escucharían.

Cuando mil quinientos años más tarde Dios decidió redimir a la humanidad de la esclavitud del pecado, envió a Jesús. ¿Por qué? Evidentemente porque también estaba capacitado para hacerlo. La misión que lo trajo a este mundo demandaba hacer algo que "sus hermanos" no podrían hacer solos. El apóstol Pedro lo dijo claramente: "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

Jesús habló de lo singular de su misión de rescate cuando dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; *nadie* viene

al Padre sino por mí" (S. Juan 14:6). La Escritura nos presenta a Jesús como el redentor, como el único capaz de pagar nuestro rescate. El Antiguo Testamento anunciaba la venida de un redentor capacitado, con altas calificaciones. Es que la tarea era muy difícil y riesgosa; no cualquiera podía emprenderla con esperanza de éxito.

EL REDENTOR ES ÚNICO

Uno de los textos más conocidos de la Escritura, y que pareciera resumir en pocas palabras lo central de su contenido, nos da una clave muy importante en cuanto a las calificaciones de Jesús para ser nuestro redentor. Notemos cómo lo expresó él mismo: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3:16).

Este texto nos habla del amor de Dios, de su Hijo, de la vida eterna para el que cree. Al referirse al Hijo, usa la **palabra unigénito** (*monogénés*, en griego). Esta palabra es muy importante para entender quién era Jesús y cuál la **obra** que vino a realizar. La palabra unigénito se encuentra nueve veces en el Nuevo Testamento y cinco de ellas se refieren a Jesús (S. Juan 1:14,18; 3:16,18; 1 S. Juan 4:9). El significado básico de esta palabra es "único en su género," "singular", "sin igual". Y eso es precisamente lo que es el Señor Jesús. Es único. Nunca hubo ni habrá otro ser como él. Aunque era en "en todo semejante a sus hermanos" (Hebreos 2:17), al igual que Moisés, él no era esclavo; nunca lo fue.

Podríamos bien decir que en un sentido real sólo Adán y Jesús fueron verdaderos "unigénitos". Mientras que todos los seres humanos nacen por medio de "concepción," ya que tienen un padre humano y una madre humana, Adán llegó a la existencia por medio de una *creación*. No tuvo

antecedentes humanos. Dios lo creó del polvo de la tierra (Génesis 2:7). Tanto como sepamos ningún otro hombre se originó de esta manera. Jesús llegó a la existencia terrenal por medio de una *encarnación*, ya que María concibió por el Espíritu Santo (S. Mateo 1:18). Si bien Jesús tuvo una madre humana, no tuvo padre humano. Él era Dios encarnado, porque "aquel Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (S. Juan 1:14). Él era unigénito: único, singular.

Pero, ¿en qué sentido fue único, irreplicable, el Señor Jesús? En primer lugar, como ya dijimos, fue único en su nacimiento. Si hubiera sido hijo de Adán por descendencia natural, exactamente igual a todos los hombres, no hubiera estado calificado para ser el redentor. Él mismo hubiera necesitado redención. El ángel le informó a María que el niño que le nacería sería santo: "el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (S. Lucas 1:35).

Tal cosa no se puede decir de ningún otro ser humano. Todos nacemos manchados, afectados por el pecado; pero no Jesús. Cuando alguien escribió más tarde, ya finalizado el ministerio terrenal de Jesús, se expresó de él de la siguiente manera: "Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos" (Hebreos 7:26). Es decir, plenamente calificado para su misión de rescate.

Además, el nombre con que debía llamarse al hijo de María estaba lleno de significado: "Y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros" (S. Mateo 1:23). El hijo de María era Dios. Tal cosa no se puede decir de ningún otro ser humano; sólo de él. Él era el unigénito del Padre.

EL DIOS/HOMBRE

Los evangelios fueron escritos por personas que estuvieron estrechamente relacionadas con Jesús; dos de

ellos, Mateo y Juan, fueron sus discípulos. ¿Qué dicen los evangelios en cuanto a la persona de Jesús? ¿Cómo lo percibía la gente que se relacionaba con él? ¿Qué concepto tenían de él sus discípulos? San Mateo nos cuenta un incidente que ocurrió cierta noche mientras cruzaban un lago en una pequeña embarcación, el cual contiene un profundo significado.

"Y entrando él en la barca, sus discípulos le siguieron. Y he aquí que se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero él dormía. Y vinieron sus discípulos y le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos! Él les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza. Y los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?" (S. Mateo 8:23-27).

Es evidente que este incidente tuvo un impacto muy profundo sobre los discípulos. Esa noche ellos fueron testigos presenciales de cómo los elementos de la naturaleza se doblegaron ante la palabra de Jesús. Nunca habían visto algo similar. Era algo que estaba más allá del poder de los hombres. Sólo Dios puede calmar de esa manera el mar embravecido. Detectaron que había algo único, diferente en Jesús. Fue en ese momento de calma que siguió a la tormenta cuando los discípulos exclamaron: "¿Que hombre es éste?" Era Emanuel, que estaba con ellos.

Lo notable, es, sin embargo, que cuando la embarcación fue sorprendida por la tormenta, Jesús estaba durmiendo, cansado por las actividades incesantes que llevaba a cabo día tras día. Es que él era también un hombre, un hombre real, con las necesidades normales de los hombres. Quien estaba en la barca con los discípulos era el Dios hombre.

MENCIONES ESPECÍFICAS DE SU DIVINIDAD

En el Nuevo Testamento abundan evidencias que nos hablan de la divinidad de Jesús, evidencias que son innegables para el investigador sincero. Algunas de estas evidencias son directas, otras más bien indirectas, pero que en su conjunto son muy convincentes. El apóstol Pablo, en una de sus cartas, dice al respecto: "Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque *en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad*, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad" (Colosenses 2:8-10).

En Jesús habita corporalmente, nos dice el apóstol, "toda la plenitud de la Deidad". La palabra "plenitud" indica algo en su totalidad, sin que falte nada.' No falta nada de la divinidad en Cristo. Cuando se hizo hombre, no dejó de ser Dios; él es y será siempre "*Dios sobre todas las cosas*, bendito por los siglos" (Romanos 9:5). En otro lugar de la Escritura el discípulo amado nos dice que "sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. *Este es el verdadero Dios*, y la vida eterna" (1 S. Juan 5:20).

EVIDENCIAS INDIRECTAS

Nadie que crea que la Biblia es la Palabra de Dios puede malentender los textos arriba citados. Pero hay, además, muchas evidencias indirectas de su divinidad. Es decir, incidentes donde no se menciona en forma abierta que Jesús era Dios, pero a raíz de los cuales no es posible arribar a ninguna otra conclusión. Jesús actuó con la autoridad de Dios. Hizo declaraciones que hubieran sido blasfemias en los labios de cualquier otro ser humano. Por ejemplo, Jesús

instó a la gente a creer en él de la misma manera que creían en el Padre: "No se turbe **vuestro** corazón; creéis en Dios, *creed también en mí*" (S. Juan 14:1). Estas palabras hubieran sido un atrevimiento inaceptable si hubiesen provenido de un hombre común.

A dos hermanas, Marta y María, que lloraban por la muerte de su hermano Lázaro, las consoló diciendo: "Yo soy la resurrección y ¡a vida; *el que cree en mí*, aunque esté muerto, vivirá" (S. Juan 11:25). En otra oportunidad dijo **en** uno de sus sermones: "mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y *yo les doy vida eterna*; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano" (S. Juan 10:27, 28).

Un día, cuando se encontraba en Capernaúm, ciertos hombres trajeron a un parálítico a la casa donde Jesús estaba **predicando** la Palabra. Percibiendo la situación apremiante **del** enfermo, Jesús le dijo: "Hijo, tus pecados te son perdonados" (S. Marcos 2:5). Estas palabras irritaron a ciertos religiosos que se encontraban en la audiencia, y murmuraron contra Jesús, diciendo: "Blasfemia dice, ¿quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?"

Al percibir Jesús la preocupación de esta gente, les dijo: "**para** que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al parálítico): A ti te digo: levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa" (vers. 9, 10). Jesús podía no sólo perdonar pecados, porque era Dios, sino que también tenía poder para sanar con el poder de su palabra a un hombre parálítico. Es que era Emanuel, era Dios que vino a estar con nosotros.

Además, pudiéramos mencionar incidentes donde Jesús aceptó adoración, que es una prerrogativa sólo de Dios; otros donde Jesús leía los secretos del corazón de la gente como si fuera un libro abierto. Además realizó diversos milagros, entre ellos, el de dar vida a los muertos.

28* LO HIZO POR TI

SEMEJANTE A SUS HERMANOS

El Nuevo Testamento afirma de manera uniforme, además, que Jesús era un hombre real, que físicamente no se diferenciaba de otros hombres de su época. Caminaba por las calles de Palestina como un hombre entre los hombres. Se vestía como la gente de su tiempo. No había en él nada calculado para llamar la atención a su persona. La divinidad estaba velada por la humanidad. En Jesús se encontraban combinadas la divinidad y la humanidad. Su divinidad era real, y de igual manera su humanidad. Prestemos cuidadosa atención otra vez a las palabras del discípulo amado: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y *el Verbo era Dios...* *Y aquel verbo fue hecho carne*, y habitó entre nosotros" (S. Juan 1:1,14).

El Verbo era Dios, y fue hecho carne. Jesús nació como nacen los niños, pero no era un niño común, era único, era Dios en carne humana. Era Dios, y al mismo tiempo era hombre, un hombre real. Jesús era "en todo semejante a sus hermanos" (Hebreos 2:17), sin dejar de ser unigénito, o único, como ya mencionamos. La palabra *semejante* no significa necesariamente *igual*. La Escritura no dice que Jesús fue en todo *igual* a sus hermanos, sino en todo *semejante*. La palabra "semejante" admite diferencias.

Al hablar de la necesidad de controlar nuestra lengua, el apóstol Santiago dice que "con ella [con la lengua] bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, *que están hechos a la semejanza de Dios*" (Santiago 3:9). Es muy obvio en este pasaje que la palabra "semejante" está lejos de significar "igual". Hemos sido creados a la imagen de Dios, como también lo indica el relato de la creación (ver Génesis 1:26, 27), pero hay diferencias infranqueables entre Dios y sus criaturas. Sin embargo, en algún aspecto fundamental reflejamos una semejanza a Dios que no está presente en otros seres creados.

Jesús, al tomar nuestra naturaleza, fue en todo semejante a nosotros, excepto en pecado. A diferencia de nosotros, él no necesitó redención. Debido al pecado de Adán, nosotros heredamos una naturaleza viciada, pecaminosa, con tendencias al mal, pero no Jesús; él fue concebido por el Espíritu Santo, y fue en todo sentido sin mancha, desde el momento de su concepción hasta que ofreció su vida por nosotros en la cruz.

EVIDENCIAS DE SU HUMANIDAD

La divinidad estaba cubierta por el velo de la humanidad en la persona de Jesús. Al andar entre los hombres parecía un hombre común, pero cuando lo oían hablar exclamaban: "¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!" (S. Juan 7:46). El Nuevo Testamento presenta a Jesús como poseyendo todas las emociones y las necesidades de un **hombre** normal. Menciona, entre otras, que Jesús sintió tristeza, asombro, indignación, regocijo, sueño, hambre, sed, cansancio, todo lo cual pertenece a lo humano.

Contrariamente a ciertas impresiones que algunos han tratado de proyectar acerca de Jesús: débil, pálido; al leer los evangelios uno queda con la impresión de que Jesús era físicamente fuerte; caminaba largas distancias. Entre Capernaúm y Jerusalén había unos 120 kilómetros, y Jesús recorrió ese trayecto muchas veces a pie.

Solía pasar noches enteras en oración y comunicación con su Padre, y al llegar la mañana se lo encontraba ministrando entre las multitudes que se agolpaban a su alrededor. En los evangelios no se menciona que alguna vez haya estado enfermo, o que haya perdido un día de trabajo debido a alguna indisposición. Sólo una persona sana y fuerte puede someterse a un trabajo tan intenso y prolongado como lo hizo Jesús sin experimentar quebranto.

REPRESENTANTE DEL HOMBRE

El Señor Jesús, en virtud de quien era, se convirtió en nuestro representante y sustituto. En otras palabras, tomó nuestro lugar para resolver algo que estaba más allá de nuestro alcance resolver. Este plan fue anunciado ya en el Edén, tan pronto Adán y Eva cayeron en pecado. Dios les anunció la venida de un Sustituto, Alguien, calificado para hacerlo, vendría en su rescate y pagaría la deuda en que ellos habían incurrido.

En el Antiguo Testamento se encuentra un ejemplo muy claro de lo que hace un "representante". Hubo un momento en que los ejércitos de Israel se vieron provocados por los ejércitos de los filisteos. Un enfrentamiento armado podía ser muy peligroso para Israel. Finalmente Goliat, un gigante filisteo, se adelantó con el siguiente desafío para los siervos de Saúl, que era el rey de Israel: "¿Para qué os habéis puesto en orden de batalla? ¿No soy yo el filisteo, y vosotros los siervos de Saúl? Escoged de entre vosotros un hombre que venga contra mí. Si él pudiere pelear conmigo, y me venciere, nosotros seremos vuestros siervos; y si yo pudiere más que él, y ¡o venciere, vosotros seréis nuestros siervos y nos serviréis" (1 Samuel 17:8, 9).

El encuentro se llevó a cabo finalmente entre el gigante Goliat, representante de los filisteos, y David, el joven pastor de ovejas, como representante de Israel. David derrotó al gigante, y lo hizo en nombre de los ejércitos de Israel; por lo tanto todo Israel, legítimamente, ganó la batalla, y los filisteos quedaron derrotados. David se enfrentó al gigante como representante de todo Israel, por eso todos los israelitas ganaron sin pelear, porque ganó su representante.

De igual manera, Jesús vino a la tierra como nuestro representante, a pelear en nuestro lugar. Y se enfrentó también a un gigante, a la serpiente antigua, el diablo, o Satanás, y

cuando lo venció, nosotros salimos victoriosos en él. ¿Y cómo lo venció? Notemos lo que dice la Escritura: "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, *para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo*" (Hebreos 2:14). Cuando Jesús exclamó: "Consumado es" mientras pendía de la cruz aquel sombrío viernes de tarde, **ganó** la batalla. En ese momento el "gigante" fue vencido para siempre. Y nosotros, sin participar en la batalla, también ganamos, porque Jesús fue nuestro David; él enfrentó al gigante en nuestro lugar. Por eso cuando él ganó, todos nosotros ganamos, fuimos redimidos. Dice el apóstol: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Romanos 8:1).

LOS DOS ADANES

La Biblia hace una comparación interesante y reveladora entre Adán y Cristo, como representantes de la humanidad, y dice que Adán era una "figura," o "tipo" de Cristo (Romanos 5:14). ¿Pero cómo puede ser, cuando parece que son tan distintos? ¿Cómo puede Adán en alguna manera ser una figura de Jesús? El mismo pasaje lo explica en una forma maravillosa, que nos enseña al mismo tiempo una gran verdad en cuanto al Evangelio.

Veamos cómo lo explica el apóstol: "Así que, como por la transgresión de uno [Adán] vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera, por la justicia de uno [Cristo] vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre [Adán] los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno [Cristo], los muchos serán constituidos justos" (vers. 18,19).

¿Queda claro? Adán es un tipo de Cristo en el sentido que ambos fueron únicos, y con su vida y conducta

afectaron a toda la humanidad. Debido al pecado de Adán, toda la humanidad quedó sumida en la miseria y la condenación. Debido a la obediencia de Cristo, el segundo Adán, toda la humanidad fue restituida al favor de Dios, porque "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2 Corintios 5:19). Es por eso que Adán es el representante de la humanidad caída, y Cristo, el segundo Adán, el representante de la humanidad redimida.

Esto no quiere decir que la salvación es universal, en el sentido de que todos se van a salvar. Debido a la obra redentora del Señor Jesús, la humanidad fue rescatada para Dios; la deuda de cada ser humano fue cancelada por medio de la muerte de Cristo, "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (S. Juan 1:29). Pero por la obra del segundo Adán la raza humana ha sido redimida, le pertenece otra vez a su Creador. Pero la obra de Cristo no destruye la libertad individual con que fuimos creados. Nadie va a ser salvado a la fuerza. La salvación sigue siendo para "todo aquel que en él cree" (S. Juan 3:16). Es necesario responder a la invitación divina y aceptar el ofrecimiento de su gracia.

Capítulo 3

EL COSTO DE LA REDENCIÓN

Hay empresas que gastan altas sumas de dinero para diseñar logotipos o símbolos que representen, en forma fácil de entender, la esencia de lo que desean promover. Incluso mismo hacen ciertas ideologías. El emblema que ostenta una hoz y un martillo, por ejemplo, llama la atención de inmediato a lo que fue la Unión Soviética, su filosofía y su política. La svástica, una cruz con las puntas dobladas hacia la izquierda, todavía hace pensar en Hitler y los horrores del nazismo. La estrella de David, nos recuerda la nación judía. La cruz ha llegado a ser el símbolo más conocido en el cristianismo.

EL SÍMBOLO DE LA CRUZ

Temprano en la era cristiana la iglesia trató de encontrar un símbolo que representase la esencia del cristianismo y decidieron que lo más apropiado era una cruz, donde el Señor Jesús entregó su vida. Nosotros hoy nos hemos acostumbrado a ella, y la vemos como algo honorable. La

cruz adorna iglesias, libros, y muchos la llevan pendiendo del cuello.

Pero hace dos mil años no era así; en aquel entonces la cruz representaba algo muy distinto. Era usada como un instrumento de tortura, donde se sometía a una muerte atroz y en forma pública a los prisioneros de guerra y a los criminales más notorios. Además de ser un instrumento cruel de tortura, era al mismo tiempo un símbolo de vergüenza y oprobio. En nuestros tiempos correspondería posiblemente a una silla eléctrica, o a una guillotina. ¿No podían los cristianos haber elegido otro símbolo, uno que no evocara algo tan cruel y negativo? ¿Por qué una cruz que habla de sufrimiento y de muerte?

Había muchos otros símbolos disponibles si la iglesia hubiera querido adoptarlos. Al principio los cristianos usaron por algún tiempo la figura de un pez (que todavía se ve con frecuencia en ambientes religiosos), como un símbolo de identificación. ¿Por qué la figura de un pez? ¿Qué tiene que ver un pez con el cristianismo? Nada, excepto que ellos descubrieron que la palabra pez en griego, *ichtys*, era una sigla que, usando cada una de sus letras para formar un acróstico, se podía formar una declaración Cristocéntrica: *Iesus Cristus Teou Yios Soter*, que significa: *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador*.

Este símbolo sin embargo pronto cayó en desuso, debido a que la figura de un pez no tenía ningún significado especial, no contenía en sí misma nada que dijera algo de la obra redentora de Cristo. Daba la casualidad que las letras de la palabra "pez" podían ser usadas para decir algo básico en cuanto a Jesús, pero no en forma clara; nadie lo descubriría con mirar al símbolo; era necesario tener un conocimiento previo para hallar sentido en el dibujo de un pez.

Un autor cristiano sugiere varios otros símbolos muy apropiados que estaban a disposición de los cristianos al comienzo de la era cristiana. Uno hubiera podido ser muy bien un pesebre, que enfatizaría la encarnación y el nacimiento de Jesús. Un banco de carpintero hubiera puesto de relieve la dignidad del trabajo. Un barco, desde donde Jesús enseñaba a las multitudes, habría recordado sus enseñanzas. Una toalla, que Jesús usó cuando lavó los pies de sus discípulos, enfatizaría su humildad y espíritu de servicio. Una piedra, que se quitó del sepulcro el domingo por la mañana nos recordaría la resurrección. Podría también haber sido un trono, Mamando la atención a su soberanía como Dios, o una paloma, símbolo adecuado del Espíritu Santo que descendió sobre Jesús cuando fue bautizado en el río Jordán.

No obstante, a pesar de lo impopular que habrá sido, los cristianos se decidieron por una cruz, porque sintieron que era lo que mejor representaba el corazón del cristianismo. Sin duda recordaron que Jesús mismo había dicho un par de días antes de su muerte: "Sabéis que dentro de dos días se celebra la pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado" (S. Mateo 26:2). Pocos años después de la cruz, el apóstol Pablo escribió algo que nos ayuda a entender cuál era el sentir de los primeros cristianos tocante a la obra de Cristo: "Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras" (1 Corintios 15:3). La palabra "primeramente" significa algo de primera importancia, lo central, más bien que lo primero en sentido de tiempo. En otras palabras, lo más importante, dice el apóstol, es que Cristo murió por nuestros pecados; y murió en una cruz.

JESÚS Y LA CRUZ

La idea de ía cruz estuvo presente en la mente de Jesús desde el mismo comienzo. Es posible que a la edad de doce años su misión ya estuviera clara en su mente. Me refiero a esa edad, doce años, porque era la edad que Jesús tenía cuando sus padres lo llevaron por primera vez al templo. En aquel tiempo el centro del servicio religioso era el sacrificio de un cordero, que prefiguraba el sacrificio del Mesías prometido. Luego de haber concluido esa visita al templo, los padres de Jesús, es decir, su madre y José, lo perdieron de vista por un poco de tiempo. Jesús había quedado en el templo hablando y discutiendo con los doctores de la ley sobre asuntos fundamentales del reino de Dios.

Cuando finalmente lo encontraron, su madre le dijo, con cierto tono de recriminación, que lo habían estado buscando con angustia. A lo cual Jesús respondió: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?" (S. Lucas 2:41-49). Las traducciones de la Biblia normalmente escriben la palabra "Padre" con mayúscula, indicando que Jesús se refirió a su Padre celestial. Y los negocios de su Padre lo llevarían al Calvario. A eso vino.

La Escritura nos dice que Jesús nació para poder ofrecerse como un sacrificio a Dios en favor del hombre perdido. En realidad esa era su misión. Por cientos de años el centro del culto del pueblo de Israel eran los sacrificios de animales que se ofrecían en representación del verdadero sacrificio que sería ofrecido por el Hijo de Dios. Era claro que los sacrificios de animales no podían quitar los pecados (ver Hebreos 10:4). Eran sólo de duración limitada, e iban a cesar al hacerse presente la realidad. "Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo" (Hebreos 10:5), dice la Escritura.

La encarnación misma de nuestro Señor tuvo la cruz como su objetivo directo. Veamos cómo lo explica la Biblia: "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo" (Hebreos 2:14). La encarnación de nuestro Señor, el participar de "carne y sangre" como nosotros, fue para que Jesús, como nuestro sustituto, pudiera ofrecer su vida en rescate a favor del hombre.

Jesús resumió la esencia de su misión con palabras muy claras cuando dijo que "el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y *para dar su vida en rescate por muchos*" (S. Marcos 10:45). Aunque Jesús hizo muchas cosas admirables durante su misión terrenal, tales como vivir una vida santa, sanar enfermos, alimentar multitudes, dejarnos hermosas enseñanzas, un ejemplo perfecto, el dar su vida para "rescatar" a muchos fue el centro de su obra redentora. Sin la cruz no habría redención.

Encontramos además que Jesús hizo con frecuencia alusiones a su muerte. Seis días antes de la pascua, la última en la que participaría, se encontraba en Betania en casa de unos amigos, cuando María, la hermana de Marta y de Lázaro, ungió sus pies con un perfume de nardo muy costoso. Ante la protesta de Judas por el aparente derroche que había hecho esta mujer, Jesús respondió: "Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto" (S. Juan 12:7). Cuatro días más tarde les dijo claramente a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días se celebra la pascua, y el f lijo del Hombre será entregado para ser crucificado" (S. Mateo 26:2). El desenlace de su misión se acercaba rápidamente. No había dudas en su mente en cuanto al significado de su misión.

¿POR QUÉ LA CRUZ?

Para poder entender por qué fue necesaria la cruz, debemos remontarnos otra vez por unos momentos al jardín del Edén. Cuando Dios creó a Adán y Eva los puso a prueba. Si mantenían su lealtad a Dios, podían permanecer en el Edén y disfrutar de sus encantos en forma indefinida. Podían ejercer su libertad de escoger qué camino tomar. Pero se les había advertido que la muerte sería la paga en caso que desobedecieran. Cuando engañados por la serpiente ellos comieron del fruto prohibido, todo lo que faltaba era que Dios ejecutase la sentencia sobre ellos.

En su inmensa misericordia, sin embargo, el Creador descendió a ofrecerles una segunda oportunidad. Ellos nunca habrían podido liquidar la deuda incurrida al violar la ley de Dios. La respuesta divina fue el anuncio de un sustituto, alguien que tomaría el lugar de ellos, y recibiría en sí mismo el castigo que ellos merecían; alguien que pagaría la deuda con la misma moneda con que ellos debían haberla pagado: la muerte. Les dijo que alguien, de la simiente de la mujer, recibiría una "herida" para destruir así al enemigo, a fin de herir a la serpiente en la cabeza (ver Génesis 3:15).

Cristo fue a la cruz como nuestro sustituto. Allí asumió nuestra deuda, fue cargado con nuestros pecados, y recibió el castigo que nosotros merecíamos. Según lo enseña el Nuevo Testamento, el pecado es un problema de carácter universal. "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos 3:23), nos dice el apóstol Pablo. En la cruz, Jesús pagó la deuda de toda la humanidad.

Aunque no podemos comprender en toda su profundidad todas las dimensiones de la obra redentora de Cristo, y cómo él se constituyó en nuestro sustituto, sí podemos entender algunas cosas. Veamos lo que dijo uno de sus discípulos, tratando de explicar la obra de Cristo.

Dice que Cristo "llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y *por cuya herida fuisteis sanados*" (1 S. Pedro 2:24). El apóstol Pablo añade que "al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Corintios 5:21).

¿Cómo fue hecho pecado aquel que fue inmaculado desde su nacimiento? El profeta Isaías, siete siglos antes de la cruz, había comentado anticipadamente sobre este aspecto de la obra de Cristo cuando dijo que "todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; *mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*" (Isaías 53:6). Nuestro pecado le fue imputado, cargado a su cuenta. La Escritura todavía señala que "Cristo DOS redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición" (Gálatas 3:13). ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que la maldición de la ley, el castigo de la ley violada, la sentencia de muerte, fueron puestas a la cuenta de Jesús cuando tomó nuestro lugar. El llevó la maldición y soportó el castigo.

Jesús actuó en realidad como sustituto: tomó el lugar que le correspondía al hombre, asumiendo su pecaminosidad y su culpa. Cuando él murió, lo hizo por los pecados de la humanidad, porque "él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1 S. Juan 2:2). "Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo" (2 Corintios 5:19).

LA PAGA DEL PECADO

Desde el mismo comienzo de la historia humana, es decir, desde el momento en que el pecado entró en el mundo, el pago que corresponde al pecado es la muerte.

Adán y Eva en el Edén fueron advertidos de esta realidad. El apóstol Pablo lo expresa muy claramente: "la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). El Nuevo Testamento habla además de dos muertes, la "primera" y la "segunda" muerte (ver Apocalipsis 20). ¿Cuál es la diferencia entre ambas? ¿Cuál de ellas es "la paga" del pecado?

La primera muerte es más bien la consecuencia natural del pecado. Por el pecado el hombre perdió su inmortalidad, perdió fuerza y vigor. Se debilitó en todo sentido. Cuando alguien contrae una enfermedad incurable y finalmente sucumbe bajo sus efectos, o es víctima de un accidente, o muere a una edad avanzada, tales cosas son más bien los resultados del pecado, pero no su castigo, porque a fin de cuentas mueren todos, "buenos" y "malos", sin que haya aparentemente alguna diferencia. Esta muerte no es definitiva; habrá resurrección.

Pero además de resultados, o consecuencias, el pecado trajo culpa y castigo en su estela. ¿En qué consiste ese castigo? Es sencillamente la separación definitiva de Dios, quien es la fuente de la vida, sin esperanza de volver a vivir; esta separación es llamada la muerte segunda. El apóstol Pablo describe en pocas palabras el castigo que recibirán los que hayan rechazado la gracia de Dios. Habla del momento cuando Cristo aparecerá "en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo; *los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor* y de la gloria de su poder" (2 Tesalonicenses 1:8,9). Esta es la muerte segunda, la muerte eterna, de la cual no habrá resurrección.

Evidentemente Jesús murió lo que equivale a la segunda muerte, porque él tomó el lugar del pecador, y fue cargado con su culpa, la que merecía el castigo de Dios. Y al hacerlo experimentó, en una forma que nosotros jamás podremos

comprender en toda su profundidad, todo el peso del castigo. Además, el mismo viernes de la crucifixión hubo evidencias muy claras que indican que Jesús no estaba muriendo por las "consecuencias" del pecado, sino que estaba sufriendo bajo la justicia divina como sustituto del hombre.

En primer lugar, la Biblia dice que cuando Jesús pendía de la cruz, "cuando era como la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y el sol se oscureció" (S. Lucas 23:44,45). En el simbolismo bíblico las tinieblas representan separación de Dios, quien es luz, ya que "no hay ningunas tinieblas en él" (1 S. Juan 1:5). Jesús usó la expresión "echados a las tinieblas de afuera" (S. Mateo 8:12) como un símbolo de separación de Dios, de total perdición. Las tinieblas de aquel viernes señalaron el momento cuando Jesús experimentó el abandono del Padre.

En segundo lugar, el Señor exclamó, rodeado de tinieblas mientras pendía de la cruz, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (S. Mateo 27:46). Jesús, como sustituto del hombre, bebió hasta la última gota la copa que le había sido asignada por el Padre. Experimentó en toda su profundidad lo que es "la paga del pecado," la separación total de Dios. ¿Por qué volvió a vivir Jesús, si la paga del pecado es muerte eterna? Sencillamente porque él no estaba pagando deudas propias; el pecado le fue *imputado*, pero él fue siempre puro, santo, inocente, sin mancha. Si hubiera habido pecado en él no hubiera vuelto a vivir.

LOS ALCANCES DE LA CRUZ

En el momento en que Jesús murió, la humanidad quedó legalmente redimida; la cruz efectuó la reconciliación del hombre con Dios, porque "Dios estaba en Cristo

reconciliando consigo al mundo" (2 Corintios 5:19). Desde entonces hay un *antes* de la cruz y un *después* de la cruz en la historia de la humanidad; condenada antes, redimida después. En la cruz se cumplió en su totalidad el propósito de la misión de Jesús, el de "dar su vida *en rescate* por muchos" (S. Marcos 10:45).

La palabra "redención" sugiere el pago de un rescate. En su sentido original esta palabra significa precisamente eso, conseguir la libertad de alguien por medio del pago de un rescate. Era común en el mundo antiguo pagar rescates para conseguir la libertad de prisioneros de guerra y esclavos. Cristo habló de dar su vida como *rescate*. *El rescate*, el precio pagado para la redención de la humanidad, según lo dijo el apóstol Pedro, fue precisamente eso, "la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 S. Pedro 1:19).

Hay quienes encuentran difícil entender que Cristo tuvo que morir para satisfacer la justicia de Dios, que fue Dios mismo quien demandó la muerte de Cristo. Que tal cosa era más bien parte de los cultos paganos, donde era necesario ofrecer ofrendas y sacrificios a los dioses para calmar su ira o indisposición. Sin embargo, en el mismo Edén, como ya vimos, se anunció que Cristo vendría como representante del hombre. Al ofrecerse como un sustituto del hombre caído, asumiría su culpa y las consecuencias. La deuda del hombre era la pena de muerte. ¿Quién demandaba la muerte? La justicia de Dios expresada en su santa ley.

La Escritura dice claramente: "Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, *a quien Dios puso como propiciación* por medio de la fe en su sangre, *para manifestar su justicia*" (Romanos 3:24, 25). La justicia de Dios demandó que la deuda del hombre fuera cancelada si es que éste iba a ser

redimido. Así lo entendía Jesús. El jueves de noche, cuando la turba dirigida por Judas vino a prender a Jesús, y Pedro sacó la espada para defenderlo, Jesús le dijo: "Mete tu espada en la vaina; *la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?*" (S. Juan 18:11). Unas horas antes había hablado con el Padre tocante a esta copa: "Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad" (S. Mateo 26:42). No había dudas en la mente de Jesús: era la voluntad del Padre que él fuera a la cruz.

Capítulo 4

EL MÉTODO DE LA REDENCIÓN

Bien alto en los Himalayas nace el río Ganges, y después de recorrer 2.700 kilómetros a través de la India, desemboca en el golfo de Bengala. En la India muchos consideran que este río es sagrado. Creen que nació debido al intenso deseo de una diosa de poder perdonar los pecados de la gente. Por eso es que muchos se sumergen en sus aguas con la esperanza de recibir sus beneficios. Todavía hoy, de lejos y de cerca, la gente acude afanosa a sus aguas en busca de salud, de perdón, de prosperidad, de vida eterna.

En la ciudad de la Meca, en Arabia, se encuentra la Kaaba, una capilla en la cual se conserva una piedra negra que, según la creencia popular, el arcángel Gabriel le dio al patriarca Abrahán. La piedra era blanca originalmente, pero se ha vuelto negra de tanto absorber pecados al ser tocada por los fieles. La gente recorre grandes distancias para tocar esa piedra supuestamente milagrosa y así esperan resolver el problema de su pecado.

La antigua tribu de los indios huicholes en México tenía una costumbre muy peculiar en lo referente al perdón de sus pecados. Cada persona tomaba una cuerda, y cuando creía haber cometido un pecado hacía un nudo en ella. En un día señalado se reunían frente al templo de su dios; cada uno repasaba uno por uno los nudos y luego arrojaba la cuerda en un fuego que había sido preparado, con la esperanza de que al quemarse la cuerda se quemasen también sus pecados.

Parece sin embargo que esa práctica no era tan efectiva como algunos hubiesen deseado. Tan pronto se consumía la cuerda se preguntaban si habrían hecho todos los nudos, y si al quemarse la cuerda se habían quemado de veras los pecados, o sólo la cuerda. Al concluir la ceremonia, lomaban otra cuerda, y seguían con la historia de los nudos.

UNA NECESIDAD INELUDIBLE

¿Por qué estas tradiciones, todo este esfuerzo? Es que en el corazón de todo ser humano anida un anhelo de perdón, de limpieza, de paz interior. No importa qué religión profesemos, ni si somos religiosos o no, en algún rincón del alma palpita insistente el deseo del perdón de Dios, de estar en armonía con el cielo. Agustín, el gran teólogo del siglo V de la era cristiana expresó una verdad fundamental con aquellas palabras que se han hecho muy conocidas: "Oh Dios, tú nos has hecho para ti, y nuestros corazones están ansiosos hasta que encuentren descanso en ti".

Pero, ¿cómo se puede encontrar descanso, ese perdón al cual aspira consciente o inconsciente el alma humana? Hace más de tres milenios el patriarca Job, reflexionando sobre esta realidad, se hizo la gran pregunta: "¿Y cómo se justificará el hombre con Dios?" (Job 9:2). ¿Cómo puede llegar a estar sin culpa delante de Dios el hombre, el cual

nace pecaminoso y vive presa de sus limitaciones, yendo con frecuencia de un yerro al otro?

La Biblia nos dice que hay un sólo método eficaz para la limpieza del alma: "la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (1 S.Juan 1:7). No hay otro camino. La cruz es el único medio de perdón y de reconciliación. La Escritura también nos enseña cómo podemos recibir tal beneficio. El apóstol Pablo puso esta verdad en una cápsula cuando dijo: "Justificados, pues, *por la fe*, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo" (Romanos 5:1). El perdón de los pecados, la paz con Dios, puede conseguirse únicamente por fe en el Señor Jesús, el divino redentor.

¿DOS MÉTODOS DE SALVACIÓN?

Es interesante notar que la Biblia discute dos métodos de salvación: uno de origen divino, el otro de fabricación humana. Generalmente se los identifica como salvación por "fe" y salvación por "obras". Uno enseña que la salvación es un don de Dios y por lo tanto la única manera de apropiarse de ella es por medio de la fe, aceptando agradecidos la provisión divina. El otro enseña que la salvación es algo que debe obtenerse, que por lo menos en parte está a cargo del hombre, que depende de sus esfuerzos, ya sea haciendo una peregrinación al Ganges para sumergirse en sus aguas supuestamente sagradas, haciendo nudos en una cuerda para luego quemarla, haciendo penitencias, obras, o cualquier cosa calculada para ganar méritos delante de Dios.

A pesar de la claridad con que habla la Biblia, existe mucha confusión aun entre profesos cristianos, en cuanto a cómo obtener la salvación. Parece que es más fácil y natural para el corazón humano confiar en las obras externas, en lo que se puede hacer, en méritos propios. En

la Biblia abundan los ejemplos donde se establece el contraste entre estos dos sistemas.

Caín y Abel, los primeros hijos de Adán y Eva, fueron los primeros adoradores nacidos en este mundo. Aun sin contar con muchos detalles, sabemos que estos dos hermanos eran religiosos. Sus padres les habían enseñado, sin duda alguna, lo esencial de la religión. Ambos se presentaron cierto día a adorar delante de Dios. Caín ofreció frutos de la tierra, lo que había logrado con su trabajo cultivando su parcela, mientras que Abel llevó como ofrenda un cordero, lo mejor de su rebaño. La Biblia nos dice que "miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya" (Génesis 4:4, 5).

Y uno se pregunta por qué Dios actuó así. Pareciera que ambos hicieron lo mejor, ambos se presentaron a adorar. Ambos construyeron un altar donde presentar sus ofrendas al Creador. Si alguien hubiera podido observarlos, posiblemente no hubiera percibido ninguna diferencia entre los dos altares y la adoración de estos dos hermanos. Pero hubo una diferencia muy fundamental. En pocas palabras la Escritura nos dice cuál fue: "*Por la fe* Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín" (Hebreos 11:4). Es que el cordero tipificaba al redentor que había de venir, y Abel expresó con su ofrenda su fe en las promesas de Dios. Dios mira el corazón, no necesariamente las formas exteriores.

Este contraste persiste aún en nuestros días. Miles de años más tarde, hay quienes todavía adoran a Dios como Abel, y otros como Caín. Unos hacen las cosas motivados por fe, mientras que otros se aventuran a confiar en sí mismos. Hay quienes creen que pueden adorar a Dios *a su manera*, que la religión es algo muy "personal". Pero no, Dios es muy particular en lo que nos pide. Es por fe, no por obras.

EL FARISEO Y EL PUBLICANO

En tiempos de Jesús la religión judaica se había degenerado casi por completo, convirtiéndose en un sistema de méritos, de obras, muy similar a los sistemas paganos. Jesús relató la experiencia de dos adoradores que se presentaron en el templo a orar, cuyas actitudes reflejan muy bien las actitudes de los dos hermanos que acabamos de mencionar.

Uno de estos adoradores era fariseo. Los fariseos eran muy apegados a la ley. Trataban de observarla aun en los más mínimos detalles. Desarrollaron una cantidad de preceptos secundarios para ayudarles en el cumplimiento de los preceptos divinos. No que esté mal ser cuidadosos en la obediencia a las leyes de Dios; el problema es que eso constituía el centro de su religión, y ellos hacían las obras confiados en los méritos que lograrían por ello. El publicano, por otro lado, que era un cobrador de impuestos, mal visto por sus conciudadanos, tuvo muy poco que decir acerca de sí mismo. Fue al templo confiando en la misericordia de Dios.

Veamos cómo lo relató Jesús: "El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador" (S. Lucas 18:11-13).

¿Notamos los dos sistemas? El fariseo confiaba en lo que hacía, y se enorgullecía en relatarlo, pensando que merecía el favor de Dios por sus acciones y su conducta. Igual que Caín. Por otro lado, el publicano, sintiendo su indignidad, y sin mencionar absolutamente nada acerca de sí mismo, todo lo que hizo fue implorar misericordia. Y la

consiguió. Jesús dijo que él volvió a su casa justificado, pero no el fariseo, con todo su alarde de buenas obras y conducta intachable.

El apóstol Pablo, a quien el Señor Jesús llamó para encomendarle una misión muy especial, tiene mucho que decir, a veces a manera de contraste, en cuanto a estos dos métodos, mientras explica el Evangelio. Vamos a notar algunas de sus expresiones. "Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él [Dios]... Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley" (Romanos 3:20, 28). "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; *no por obras, para que nadie se gloríe*" (Efesios 2:8,9).

¿Podría estar más claro? ¿Notamos las palabras "gracia," "don de Dios", "no por obras?" En otra de sus cartas dice: "Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición" (Gálatas 3:10). Es que la depravación y la debilidad humanas hacen que todas las obras del hombre sean pobres, limitadas, imperfectas en sí mismas. Por eso el mensaje claro de la Biblia es que la única seguridad se encuentra en mirar hacia afuera, confiando en lo que ha sido provisto por Dios, en la obra de Cristo y no en la nuestra, siempre "puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe" (Hebreos 12:2).

INUTILIDAD DEL ESFUERZO HUMANO

La salvación, por ser un regalo de Dios, no puede ser ganada; sólo puede ser recibida, aceptada por fe; es para "todo aquel que en él cree" (S. Juan 3:16), no para todo aquel que obra, o que se esfuerza, que se sacrifica. Como ya lo señalamos anteriormente, la Biblia establece sin lugar a equivocación que el hombre se encuentra en un callejón sin salida; que su depravación es tan radical que sus

esfuerzos por salvarse resultan siempre inútiles; no tiene solvencia de ningún tipo; es como si se estuviera ahogando y no supiera nadar.

En forma por demás gráfica el profeta Isaías subraya esta realidad cuando escribe: "Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento" (Isaías 64:6). El profeta no dice que nuestros pecados son como trapos de inmundicia, sino "nuestras justicias"; es decir, lo mejor que podemos hacer, nuestra obediencia más estricta. Aun lo mejor que podemos hacer nosotros será siempre insuficiente, porque nosotros somos insuficientes, limitados en nosotros mismos.

No quiere decir, como veremos más adelante, que lo que hacemos no tiene importancia. La Biblia abunda en exhortaciones acerca de la necesidad de la obediencia, de buenas obras, sólo que la obediencia debe ser el resultado natural de vivir en armonía con los principios divinos. Las palabras del Señor Jesús, "por sus frutos los conoceréis" (S. Mateo 7:16), no pueden ser mal entendidas. El árbol da fruto en armonía con su naturaleza; el naranjo produce naranjas.

JUSTIFICACIÓN POR LA FE

Justificación por la fe en Cristo expresa lo que es nuevo y distintivo en el cristianismo, esto es, en el cristianismo bíblico. Todas las religiones falsas tienen como base el esfuerzo humano, el sacrificio, los méritos propios. Son en esencia religiones antropocéntricas, centradas en el hombre. Hay quienes se flagelan para conseguir el favor de Dios, otros hacen penitencias, o dan sumas de dinero, otros se privan de cosas al punto del sufrimiento, pensando que así contentan a Dios.

En tiempos pasados era común hacer votos de pobreza, privarse de todo, creyendo que había virtud en ello. La Biblia nos habla de personas que fueron al extremo de hacer sacrificios humanos, a veces de sus propios hijos, en un intento pervertido por calmar sus conciencias culpables y conseguir así el favor de Dios.

Y esto pasa aun en nuestros días. Hace poco tiempo un testigo ocular relató algo que sucedió en el mismo río Ganges al cual hicimos referencia al comienzo de este capítulo. Un señor se encontraba a la orilla del río, y notó que había allí una mujer joven, con un bebé en sus brazos. Alila, que así se llamaba esta joven madre, comenzó a internarse lentamente, y al parecer muy pensativa, en las aguas del río. Bastante adentro, cuando el agua ya acariciaba los pies de la criatura, la madre se quedó por un largo tiempo sosteniéndolo en sus brazos. Luego, con un movimiento brusco arrojó la criatura al agua, y se volvió a la orilla, donde lloraba en forma desconsolada.

Cuando este señor, que era un ministro del Evangelio, se acercó a ella para confortarla, al mismo tiempo horrorizado por lo que acababa de ver, la pobre muchacha le dijo entre sollozos: "Hay tantos problemas en mi casa y mis pecados pesan tanto sobre mi corazón, que decidí ofrecerle a la diosa del Ganges lo mejor que tengo, mi primer hijo". Cuando el pastor comenzó a hablarle del amor de Dios que lo había movido a dar a su único hijo para nuestra salvación, Alila dijo algo que el pastor no olvidará jamás: "Yo nunca había oído eso. ¿Por qué no vino media hora antes? Mi hijo no hubiera muerto".

Este incidente, con todo lo triste que es, ilustra en forma por demás dramática la naturaleza de la religión falsa. La falsa religión se centra en el individuo; él es quien se sacrifica, quien da, quien se esfuerza. La religión de la Biblia se centra en Dios: él es el que da, él es quien se

sacrificó; él es quien salva. La Biblia dice que Jesús fue ofrecido "como propiciación" para satisfacer las demandas de la justicia divina" (Romanos 3:25). La ley divina había sido violada; el ser humano se hizo merecedor de su castigo, que es la muerte. Dios mismo pagó, a un precio infinito, la deuda del hombre. No le pidió al hombre que la pagara, ni siquiera parte de ella. Él la pagó en su totalidad. Es por eso que nuestra única seguridad radica en poner toda nuestra confianza en Jesús, y aceptar agradecidos la provisión divina.

LA JUSTICIA PROVISTA

¿Cómo se justifica el hombre con Dios? Cuando recibe por fe la justicia de Cristo, y de esta manera aparece justo delante de Dios. Dice la Biblia que somos "justificados gratuitamente por su gracia" (Romanos 3:24). La palabra traducida "gratuitamente" significa literalmente "sin causa", "sin razón". Fuimos aceptados por Dios sin merecerlo, porque nadie puede merecer el favor de Dios; es "por su gracia". Y "gracia" significa un don inmerecido. Sin merecerlo hemos sido objetos de la gracia de Dios, así como Adán en el principio.

Por su gracia Dios proveyó la justicia que necesitamos y no podemos conseguir por nosotros mismos. ¿Y cómo fue provista esa justicia que nos cubre? Notemos con cuidado cómo responde la Escritura: "Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo" (Romanos 3:21,22), La ley de Dios demanda dos cosas fundamentalmente. En primer lugar, obediencia; esa es su función, y no hay excepción a esta regla, y en segundo lugar, muerte para quien la viola. Esa fue la sentencia en el Edén: la desobediencia traería consigo la muerte. Cuando Adán pecó, quedó condenado a muerte,

e imposibilitado para obedecer perfectamente la ley de Dios. Ya dijimos que Jesús tomó el lugar del hombre, como su sustituto y representante. Vino a recorrer el camino que el hombre debía recorrer para poder redimirlo.

Cristo satisfizo ambos requerimientos de la ley. Durante toda su vida rindió una obediencia impecable a la ley, y al final del camino murió siendo inocente, "el justo por los injustos" (1 S. Pedro 3:18), pagando así la deuda que el hombre tenía pendiente. Su vida de obediencia perfecta a la ley de Dios y su muerte vicaria proveyeron la justicia que el hombre pecador nunca hubiera podido lograr por su cuenta. El apóstol Pablo enfatiza estos dos aspectos del ministerio de Jesús cuando dice que "si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios *por la muerte* de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos *por su vida*" (Romanos 5:10).

La justicia provista por Cristo mediante su vida y su muerte es entonces imputada, puesta a la cuenta del pecador que cree y acepta a Cristo como su redentor. Eso es lo que significa ser justificado por la fe, es decir, declarado justo en virtud de la justicia de Cristo, una vez que el pecador cree en él y lo acepta por fe.

EL EJEMPLO DE ABRAHÁN

Después de explicar cómo fue provista la justicia de Dios en el capítulo tres de su carta a los Romanos, San Pablo lo ilustra, en el capítulo siguiente, con el ejemplo del patriarca Abrahán, quien era prácticamente venerado por los judíos. Notemos con cuidado lo que dice: "¿Qué, pues, diremos, que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Por que si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque, ¿qué dice la Escritura? *Creyó Abraham a Dios y le fue contado por justicia*. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como

gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, *su fe le es contada por justicia*" (Romanos 4:1 -3),

La palabra "contado" en este texto es una palabra clave, y viene del mundo de los negocios, de la contabilidad, tiene que ver con acreditar, con asentar algo en un libro. Cuando Abrahán creyó, Dios "escribió" algo en el registro de Abrahán, acreditó algo a su cuenta. Y lo que acreditó fue la justicia divina. Desde ese momento Abrahán apareció como justificado por la fe, como justo delante de Dios. El significado básico de la palabra justificar es "declarar justo"; cuando Dios justifica a alguien lo declara justo. Y aunque en sí mismo el creyente no es inocente y perfecto, lo es a la vista de Dios.

Añade que Dios justifica *al impío*. Pero uno se pregunta, ¿cómo puede justificar a alguien que es pecador? Sencillamente Dios justifica al pecador que cree, que responde a la invitación divina, no al incrédulo. Y una vez que el pecador ha sido justificado, la aceptación de parte de Dios no elimina de un plumazo todo lo que es humano y limitado. Un hijo de Dios es un pecador justificado. Pero la aceptación de parte de Dios es total; el hombre es *contado* como si fuera justo; y lo es, a la vista de Dios, por estar cubierto con la justicia de Cristo, así como Adán y Eva fueron cubiertos con la piel del cordero en el Edén.

Algo similar, en cierta manera, ocurrió con el Señor Jesús. Él, siendo inocente, fue *declarado* culpable cuando nuestros pecados le fueron imputados, o achacados, al igual que nosotros, siendo culpables, somos declarados inocentes por atribución o *imputación* de su justicia. En otras palabras, la redención incluye una transacción maravillosa. Cuando Cristo tomó nuestro lugar fue declarado pecador. ¿Cómo? "Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" (Isaías

53:6), nos dice el profeta. Fue hecho pecador por imputación, porque nuestros pecados le fueron cargados a su cuenta; él fue "contado" como si hubiese sido pecador, aunque en sí mismo no lo era.

No sólo que fue declarado pecador, sino que fue tratado como tal, en realidad recibió el castigo de Dios por los pecados que le habían sido imputados o atribuidos. Experimentó los efectos del pecado, la separación de Dios. Él, que fue siempre santo, inocente, sin mancha, experimentó la separación de Dios y el castigo como nuestro sustituto; en el Calvario pagó nuestras deudas, y porque él las pagó, jamás nos tocará pagarlas a nosotros, si lo aceptamos a él. Y nosotros, aunque somos indignos recibimos por imputación su justicia perfecta.

Nuestra justificación involucra, por lo tanto, dos cosas: un acto de Dios y un privilegio nuestro. Es un acto de Dios, porque "Dios es el que justifica" (Romanos 8:33), y es un privilegio nuestro, porque "justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios" (Romanos 5:1). La enemistad causada por el pecado quedó resuelta, se firmó la paz, y es ahora nuestro derecho disfrutarla; vivir en paz con Dios, con nuestros semejantes y con nosotros mismos.

SEGURIDAD EN EL PRESENTE

La salvación, además de ser una esperanza futura, debe ser también una experiencia presente. La salvación comienza ahora, en el momento que el pecador acepta la salvación ofrecida. Teológicamente se suele hablar de esta doble dimensión de la redención como "ya pero no todavía". Ya es una realidad, pero en un sentido todavía incompleta. Así es el reino de Dios, tiene estas dos dimensiones. El Señor Jesús enseñó a sus discípulos a orar: "Venga tu reino" (S. Mateo 6:10), como algo que se encuentra en el futuro,

y también señaló su dimensión presente cuando dijo: "ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios" (S. Mateo 12:28), como algo que ya podían disfrutar los hijos de Dios. El reino de Dios fue inaugurado por el Señor Jesús en su primera venida, y será consumado cuando regrese por segunda vez en gloria y majestad.

Y así sucede con la redención. Jesús enfatizó de distintas maneras que la salvación es una bendición que se puede disfrutar en el presente: "El que oye mi palabra, y cree al que me envió, *tiene vida eterna*; y no vendrá a condenación, mas *ha pasado de muerte a vida*" (S. Juan 5:24); "*El que tiene a; Hijo, tiene la vida*; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (1 S. Juan 5:12).

El apóstol Pablo, si bien habla con entusiasmo de la segunda venida de Cristo como "la esperanza bienaventurada" (Tito 2:13) que aguarda a los hijos de Dios, usa con frecuencia la palabra *ahora* para enfatizar la dimensión presente de la redención. Al escribir a los romanos les dice: "Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido *ahora* la reconciliación" (Romanos 5:11). "*Ahora*, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Romanos 8:1).

MÁS DE LO QUE MERECEMOS

Dios en su gran misericordia nos da más de lo que merecemos. Pagó nuestra deuda, nos cubre con la justicia provista por Jesús, y nos permite disfrutar de la bendición de la vida eterna aquí y ahora, mientras esperamos la consumación de todas las cosas.

Hace ya muchos años, cuando Estados Unidos estaba poblándose hacia el oeste, en una pequeña población sucedió un hecho interesante. Descubrieron cierto día que un hombre había robado un pan en una tienda. El delito

fue denunciado y llegó el día cuando el acusado tuvo que comparecer ante el juez de ese pueblo para dar cuenta de sus hechos.

Como el pueblo era pequeño, la noticia del juicio corrió rápidamente, y en el día señalado un buen número de los habitantes del lugar se hizo presente en la corte para enterarse personalmente del veredicto que rendiría el juez. El juez le preguntó al acusado, con cierta solemnidad, si la acusación era verdad, a lo que él respondió que sí, que efectivamente había robado un pan. "¿No sabe usted", le preguntó solemnemente el juez, "que robar está mal, que eso no se hace, que es una violación de la ley?" "Sí, lo sé", respondió tímidamente el acusado.

Antes de aplicar la sentencia, el juez le dio la oportunidad de hablar, de decir algo, si tenía algo que decir. El pobre hombre respondió que hacía un tiempo que había quedado sin trabajo, y que había llegado un momento cuando no tenía en la casa absolutamente nada para darle de comer a sus hijitos. Que en su desesperación robó para darles por lo menos un pedazo de pan. El juez le respondió que nada justificaba su acción, que robar está mal bajo cualquier circunstancia, que la ley no admite excepciones.

En seguida le informó que debía pagar diez dólares de multa para satisfacer las demandas de la ley violada. Pero tan pronto como anunció la sentencia, el juez llevó su mano al bolsillo, sacó diez dólares, y se los dio para que pagara la multa, lo cual el acusado hizo con asombro y gratitud. Luego el juez levantó la vista y se dirigió a los curiosos que se habían congregado. "¿Saben" -les dijo-, que todos ustedes también son culpables? ¿Cómo pueden vivir tranquilos cuando uno de sus vecinos tiene que robar para poder dar de comer a sus hijos? ¿Dónde está la caridad cristiana? ¡Cincuenta centavos de multa a cada uno por descuido y negligencia!"

La multa que fue recogida en algunos sombreros disponibles, ascendió a la suma de cuarenta y siete dólares. Luego de unas palabras finales, el juez despidió a la gente. Y el hombre de la historia salió de la corte con la deuda pagada y con cuarenta y siete dólares en el bolsillo. Así es nuestro Dios. Pagó nuestra deuda y nos da además "las abundantes riquezas de su gracia" (Efesios 2:7).

Un canto muy conocido expresa muy bien la grandeza de Dios y su amor:

"No hay Dios tan grande como tú, no lo hay, no lo hay.

No hay Dios que pueda hacer las cosas, como las que haces tú".

Y así es en realidad. El Evangelio es de veras "buenas noticias".

Capítulo 5

LOS EFECTOS DE LA REDENCIÓN

La realidad en la que se encuentra el ser humano por causa del pecado es comparable a la de un reo condenado a pasar el resto de sus días detrás de las rejas debido a un delito cometido, pero que además, estando en la cárcel, ha contraído una enfermedad muy seria. Este individuo tiene un problema doble: está privado de su libertad y está enfermo. Por lo que necesita dos cosas: liberación y sanidad, Una sola no resolvería su problema.

Aunque el gobernador del Estado, en uso de su autoridad, le conmutara la pena, y el individuo quedara en libertad, no podría gozar de su libertad mientras estuviera bajo la amenaza de la enfermedad que ha invadido su ser. Necesita también atención médica, sanidad física.

Así es la situación del hombre; se encuentra condenado y enfermo. Condenado por haber violado la ley de Dios, y enfermo porque el virus del pecado ha invadido su ser. Necesita liberación y sanidad, perdón y transformación Interior. Necesita una "doble cura" como solían decir los

reformadores. El plan maravilloso de la salvación que el Señor ha elaborado desde la eternidad contempla ambos aspectos de su dilema humano. Dios salva y transforma; redime y sana.

UN PARALELO NOTABLE CON EL PUEBLO DE ISRAEL

La historia del pueblo de Israel ilustra en forma admirable aspectos centrales del drama redentor. Los descendientes de Jacob habían sido esclavizados en Egipto, y la mano de Faraón era dura sobre ellos. Aunque lo hubieran intentado, no habrían podido cambiar su suerte. Estaban condenados a ser esclavos de por vida. Los efectos de la esclavitud, además, eran muy evidentes, los había afectado interiormente, en sus mismas almas. Habían desarrollado una mentalidad de esclavos: habían llegado a ser negativos, pesimistas, amargados; vivían sin esperanza. En su misericordia el Señor los libertó, les abrió de par en par las puertas de la cárcel. De un día para el otro se encontraron libres.

La liberación, sin embargo, no eliminó los efectos causados por la esclavitud. Dios tenía todavía mucho que hacer con esos ex esclavos. Su propósito era ahora transformarlos, elevarlos del nivel donde estaban para que pudieran comprender su gracia y así poder gozar de la libertad. Quería prepararlos para llevarlos a Canaán, la tierra prometida. Dios se propuso transformarlos a medida que los relacionaba con él. Los adoptó, los hizo sus hijos; no eran más los esclavos, sino "mi pueblo". Eran propiedad exclusiva de su redentor.

Durante la marcha por el desierto en camino a la tierra prometida Dios estuvo muy cerca de ellos, enseñándoles, corrigiéndolos, dándoles a cada paso evidencias inconfundibles de su amor. Quería convencerlos de que los amaba y tenía las mejores intenciones para con ellos,

con la esperanza de que eso los motivara a servirle y a cumplir los nobles propósitos que tenía para con ellos.

El apóstol Pablo hace una aplicación práctica de la experiencia de los israelitas en lo que tiene que ver con la "doble cura" de la redención. Escribió: "Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna" (Romanos 6:22). Libertados del pecado y hechos siervos de Dios. Tan importante es lo uno como lo otro. No se puede servir a Dios mientras se es esclavo del pecado. No se puede experimentar la liberación del pecado sin servir al nuevo amo. Y el resultado es la santificación, o sea la transformación interior, la cura del alma.

Al morir en la cruz, el Señor Jesús canceló en su totalidad la deuda del hombre, así quedó éste libre de toda condenación. El apóstol Pablo pudo decir lleno de confianza: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Romanos 8:1). La pena de muerte fue conmutada. Pero eso no es todo. Ahora el Señor quiere sanarnos y transformarnos para que podamos reflejar otra vez su imagen en nuestro ser.

EL NUEVO NACIMIENTO

Jesús usó la maravilla del nacimiento de una criatura para ilustrar el comienzo de la vida cristiana. El nacimiento de un bebé, además de ser algo maravilloso, es un milagro divino, algo que la ciencia con todos sus adelantos no podrá jamás reproducir. El comienzo del proceso de transformación, nacer espiritualmente, es también un milagro del poder de Dios. La salvación tiene un comienzo en la vida del individuo, un comienzo que debe desarrollarse hasta alcanzar la madurez. El apóstol Pedro nos recuerda la necesidad de crecer "en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 S. Pedro 3:18).

Pero, ¿cómo se inicia esa transformación, y cómo se lleva a cabo? Como ya mencionamos, tal cosa no es tarea del hombre, sino que se trata de un milagro de la gracia de Dios al operar en el corazón. Es un nuevo comienzo en virtud del cual la persona cambia de rumbo, y puede amar cosas que antes aborrecía y puede abandonar cosas que antes le eran muy queridas.

Cierta noche Nicodemo, un fariseo influyente en Israel y muy respetado, consiguió entrevistarse con Jesús. Quería hablar con el Maestro acerca de algunos asuntos que lo inquietaban. Por alguna razón prefirió hacer la visita de noche. Tal vez para evitar ser visto por la gente; quería que fuese algo totalmente privado. A pesar de que era religioso y seguía muy de cerca las tradiciones de sus padres, se sentía insatisfecho, como si hubiera un vacío en su alma. No se sentía feliz.

Nicodemo reconocía a Jesús como un maestro venido de Dios, pues eso le dijo en sus palabras introductorias: "Rabí [maestro], sabemos que has venido de Dios como maestro" (S. Juan 3:2). Aunque lo aceptaba sólo como un maestro, creyó que Jesús podría entenderlo y ayudarlo a encontrar esa felicidad que le había resultado muy esquiva por tanto tiempo. Jesús, que puede leer el alma tan fácilmente como nosotros leemos un libro abierto, le habló directamente de su mayor necesidad. Sin ningún preámbulo, le dijo: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (S. Juan 3:3).

Sorprendido por las palabras del Maestro, y no queriendo darse por aludido, Nicodemo le dijo: "¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?" (vers. 4). Sin dejarse desviar por la pregunta de su visitante, Jesús volvió a enfatizar lo mismo, y le habló palabras de profundo

sentido espiritual. Le dijo: "De cierto de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas no sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (vers. 5-8).

Nicodemo quedó profundamente impresionado por las palabras de Jesús, y sintió el deseo de que el poder del Espíritu obrara también en él esa transformación. Entonces le preguntó a Jesús: "¿Cómo puede hacerse esto?" (vers. 9). La respuesta de Jesús fue otra vez clara y al punto. Valiéndose de un incidente ocurrido en la historia del pueblo de Israel, algo bien conocido para Nicodemo, le dijo: "como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado. Para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3:14, 15).

Durante la travesía del pueblo de Israel por el desierto hubo un momento difícil, cuando serpientes venenosas comenzaron a morder al pueblo. El remedio provisto por Dios en esa ocasión fue algo inesperado. A nadie se le hubiera ocurrido un remedio así. Moisés recibió la orden de preparar una serpiente de bronce y ponerla sobre un asta a la vista del pueblo, para que cualquiera que fuera mordido y la mirara, pudiera ser sanado. La sanidad se podía encontrar al mirar con fe a lo provisto por Dios (ver Números 21:4-9).

Todo lo que debían hacer para que se neutralizaran en ellos los efectos mortales del veneno de la serpiente era mirar con fe. Y así sucedió. Los que miraron fueron sanados, mientras que aquellos que rehusaron mirar, murieron en su incredulidad. Esta experiencia tenía el propósito de

enseñar la esencia del Evangelio. Jesús hizo referencia a este incidente con el propósito de ilustrar la misma verdad: la salvación, la sanidad, viene de arriba, fue provista por Dios, y se encuentra en confiar en lo que Dios proveyó.

La conversación entre Jesús y Nicodemo en aquella noche lejana contiene lecciones valiosísimas que nos ayudan a comprender mejor el plan de la salvación. Comentaremos algunas de ellas. En primer lugar, Jesús le dijo a Nicodemo que lo esencial es "nacer de nuevo". Esta expresión puede también traducirse como nacer "de arriba", o "de lo alto". Es decir, lo que debe ocurrir en la vida de la persona es de carácter sobrenatural, algo que el hombre no puede lograr por su cuenta. El que no vive esta experiencia, dijo Jesús, "no puede ver el reino de Dios", porque las cosas espirituales se discernen espiritualmente, porque "la palabra de la cruz es locura a los que se pierden" (1 Corintios 1:18).

Jesús le señaló a su visitante que sólo el poder de Dios, recibido en el alma, puede libertar de la esclavitud del pecado y traer sanidad. El que es nacido de la carne, es decir, su condición natural, vive de acuerdo a la carne, eso es lo que controla su vida. El que experimenta la gracia de Dios posee algo nuevo que motiva su vida: es hecho participante "de la naturaleza divina" {2 S. Pedro 1:4}.

Se trata de un nuevo poder, un nuevo principio que se introduce en el alma como un don de la gracia de Dios. A esto la Biblia le llama "nuevo corazón". El profeta Ezequiel habló de esta promesa de Dios cuando dijo: "Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra" {Ezequiel 36:26, 27}. No se trata, obviamente, de un trasplante, donde lo

anterior desaparece, sino de un nuevo poder que ahora domina la vida. Este "nuevo corazón" capacita a la persona para obedecer a Dios y para servirle.

El Señor ahondó sobre el significado de esta experiencia al decirle a Nicodemo, con más detalles, que el nuevo nacimiento es la obra del Espíritu Santo. Comparó su obra con la obra del viento, que aunque es invisible al ojo humano sus efectos se notan claramente. El contraste entre la vida de una persona transformada por la gracia de Dios con lo que era antes es claro e inequívoco. El centro de atención vuelve a ser Dios y el prójimo, en vez del yo egoísta. El cristiano llega a ser honesto, responsable, servicial; sabe perdonar, porque él mismo ha experimentado el perdón de Dios.

Además dijo el Señor que el que no nace de nuevo "no puede entrar en el reino de Dios". Como mencionamos anteriormente, el reino de Dios tiene dos dimensiones, una en el presente, que el cristiano puede disfrutar anticipadamente, y la otra en el futuro, cuando el Señor establecerá en forma definida su reino eterno. Sin el nuevo nacimiento no se puede "entrar", o sea disfrutar, de ninguna de estas dos experiencias.

En su conversación nocturna con Nicodemo Jesús mencionó el agua; habló de "nacer de agua y del Espíritu". ¿Qué significa nacer del agua? Tiene que ver, indudablemente, con el bautismo. El bautismo es una enseñanza bíblica. En realidad, Jesús mismo fue bautizado en el río Jordán por Juan el Bautista, y lo hizo "porque así conviene que cumplamos toda justicia" (S. Mateo 3:13-17), según sus propias palabras. Es decir, para darnos ejemplo sobre un aspecto importante de la redención.

El bautismo es en sí mismo un símbolo hermoso del nuevo comienzo que se lleva a cabo en virtud de la obra redentora de Jesús. Antes de concluir la entrevista, Jesús le

habló a Nicodemo de la cruz, porque el bautismo en realidad prefigura la cruz. De la manera "como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado" (S. Juan 3:14).

BAUTIZADOS EN SU MUERTE

Dijimos que la expresión "nacer del agua" en la conversación de Jesús con Nicodemo hace referencia al bautismo. El bautismo es más que un rito o una forma. Tiene un profundo significado espiritual. El apóstol Pablo elabora con mucho cuidado en cuanto a la importancia teológica de este rito. Sus palabras son claras: "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado" (Romanos 6:3-6).

Este pasaje es amplio y profundo. Nos dice que el bautismo tiene que ver con la cruz. ¿Lo notamos? Tipifica la *muerte, sepultura y resurrección* del Señor Jesús. Así como Jesús fue sepultado en una tumba de piedra, el creyente lo es en una tumba líquida. Y de la manera como Jesús salió victorioso de la tumba, el cristiano se levanta para vivir una vida nueva, victoriosa en Cristo. No hay virtud alguna en el bautismo mismo, el agua no contiene ninguna propiedad mágica, sino que conmemora el momento culminante de la obra redentora de Cristo. El bautismo bíblico es en realidad un testimonio público de que la persona que es bautizada

acepta la obra sustitutiva de Cristo en todas sus dimensiones, y que ahora le pertenece a él.

Es claro que sólo el bautismo bíblico que es por inmersión, tipifica adecuadamente los eventos redentores en la experiencia de Cristo. Así como Jesús murió, fue sepultado y resucitó de los muertos, también el cristiano muere a la pasada manera de vivir, es sepultado en el agua, y se levanta para vivir una vida nueva. "El viejo hombre", la pasada manera de vivir, murió, pasó a la historia, no se sirve más al pecado; eso quedó sepultado.

NUEVAS CRIATURAS

La figura del nuevo nacimiento usada en el Nuevo Testamento tiene todavía una dimensión más amplia. La raza humana tuvo un comienzo en el Edén, cuando Adán fue creado por Dios. Fue un buen comienzo que más tarde quedó arruinado por el pecado. Lo que el cielo nos ofrece ahora es un nuevo comienzo iniciado otra vez por Dios. Una "recreación", por la que Dios nos ayuda a empezar otra vez. En realidad la palabra "regeneración" significa literalmente "un nuevo génesis", o un nuevo comienzo.

El apóstol Pablo se refiere a esta verdad cuando escribe: "De modo que si alguno está en Cristo, *nueva criatura es*; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Corintios 5:17). La palabra traducida "criatura" en este texto puede también traducirse como "creación". La persona que acepta la gracia de Dios es una nueva creación, llevada a cabo otra vez por Dios, es "de lo alto". Esto no quiere decir que la "nueva criatura" sea perfecta, pero tiene una nueva orientación; tiene un nuevo corazón. Y así como Adán y Eva debían labrar y cuidar la primera creación, el cristiano tendrá que ser siempre vigilante y también cuidar el jardín de su nueva creación, de lo contrario las malezas podrán crecer y malograr toda la experiencia.

UN CAMBIO INTERIOR

Hay quienes piensan que están bien con Dios porque tienen padres cristianos, o porque nacieron en un país cristiano, o porque siguen con cierta fidelidad las tradiciones de su iglesia. Pero una religión formal, que sólo cumple requisitos externos sin transformar la vida desde su mismo centro, no tiene valor alguno. Jesús dijo, *no* debemos olvidar, que el que no nace de nuevo, no puede entrar en el reino de Dios. La gracia de Dios transforma, afecta toda la vida y todas las perspectivas.

Lo que pasa en la vida de la persona que es transformada está muy bien ilustrado en una de las parábolas magistrales que contó el Señor Jesús. La conocemos como "la parábola del hijo pródigo" (Puede leerla en S. Lucas 15:11-32). El hijo menor en esta familia, deslumbrado por los placeres que creía encontrar fuera del hogar, decidió salir a disfrutar de la vida. Fue inclusive cruel con su padre, ya que le pidió que le diera por adelantado la parte de la herencia que le correspondía. En realidad no le correspondía; era del padre; podía ser suya una vez que muriera el padre. Las cosas no frieron como él lo esperaba, y bien pronto se vio solo, sin recursos hasta que consiguió un trabajo cuidando cerdos.

Nos dice la Escritura que cierto día este muchacho "volvió en sí". Es natural suponer que alguien que cambie la compañía de su padre por la de los cerdos está fuera de sí. O que cuando alguien prefiere el placer bajo, malsano, el vicio en vez de una vida honesta, limpia, de servicio a los demás, está fuera de sí. Finalmente, "volviendo en sí", comenzó a analizar su situación, y se dio cuenta de lo que había hecho. Estaba en un país extraño, muriendo de hambre, cuando podía estar gozando de los privilegios y la seguridad de su hogar. Decidió volver. Lo que lo animaba era el concepto que tenía de su padre; sabía que lo recibiría, aun después de todo lo que había hecho.

Se observan ciertas dinámicas en la experiencia de este joven cuando decidió finalmente regresar a su hogar. Veamos algunos aspectos salientes. Cuando se dio cuenta de su error, de la miseria en la que se encontraba, hizo algo muy significativo. La Biblia llama "arrepentimiento" a la decisión de abandonar el mal y volver al hogar. El joven decidió volver a su padre: "Me levantaré e iré a mi padre..." Y ahí mismo inició su camino de regreso. No era suficiente reconocer su necesidad, había que hacer algo, y hacerlo presto.

En segundo lugar decidió confesar su error. Decidió decirle a su padre: "He pecado contra el cielo y contra-ti". No buscó excusas, no trató de pasar la culpa a otro. Asumió total responsabilidad por sus desvíos. La sinceridad de su arrepentimiento y de su confesión se echan de ver claramente en las palabras que le dijo al padre: "Ya no soy digno de ser llamado tu hijo". Y así abandonó su vida de pecado. Dejó atrás para siempre el país extraño. Se convenció de que aquello no valía la pena.

Lo que llama la atención en esta parábola, además del cambio en la vida de este muchacho, es la actitud que asumió el padre cuando regresó su hijo. Cuando el hijo estaba todavía lejos, el padre corrió a recibirlo. No esperó que llegara y se disculpara. No sólo eso, sino que "se echó sobre su cuello, y le besó". Conmovido al ver los harapos que cubrían el cuerpo magro de su hijo y sus pies descalzos, dijo a sus siervos: "Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies". Como si todo eso no fuera suficiente para convencer al pródigo de que era bienvenido, el padre hizo algo más, dio otra orden: "traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse".

Recordemos que Jesús contó esta parábola para ilustrar la actitud de Dios, nuestro padre, para con aquellos que acudimos a él. En el mismo capítulo donde podemos leer esta parábola, se encuentran registradas las palabras de Jesús: "Os digo que habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento" (S. Lucas 15:7). Todos nosotros, de una manera u otra, hemos vagado en un país extraño, lejos de Dios. En realidad, allí hemos nacido. Es por eso que esta parábola es de constante actualidad. Hoy es el día de regresar a la casa del Padre, y "el que a mí viene", dijo Jesús, yo "no le echo fuera" (S. Juan 6:37).

La salvación, como ya lo hemos notado, es un don de la gracia de Dios; es un don innecesario. La reciben sin embargo aquellos que sienten que la necesitan, que no la pueden obtener por sí mismos. Nuestra necesidad es **nuestro** mayor argumento, no tenemos otro. Recibimos el don en el momento en que acudimos a Dios con la actitud del hijo pródigo: "no soy digno".

EL AGENTE TRANSFORMADOR

El Espíritu Santo es el agente divino de la regeneración. En la entrevista con Nicodemo, Jesús hizo referencia a la obra del Espíritu, comparándola con el viento, que "sopla de donde quiere, y oyes su sonido; más ni sabes de dónde viene, ni a dónde va". Y aunque el agente es invisible sus efectos son visibles. En el mundo natural el viento hace mover las hojas, se siente la brisa. En el mundo espiritual se nota un cambio en la vida de quien ha respondido al llamado del Espíritu. Jesús les dijo a sus discípulos que cuando viniera el Espíritu convencería "al mundo de pecado, de justicia y de juicio" (S. Juan 16:8). El Espíritu no es sólo el agente inicial en la vida cristiana sino que continúa iluminando la senda por la cual debemos andar.

Dijo el apóstol Pablo que "todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios" (Romanos 8:14). En la lucha constante de la vida cristiana debemos pedir a Dios que nos haga sensibles a la obra del Espíritu, para que podamos oír su voz y andar seguros. Nos aconseja el apóstol: "Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne" (Gálatas 5:16).

Así como el Señor Jesús, la segunda persona de la Trinidad, nos reconcilió con Dios al morir en la cruz, el Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad, nos transforma a la semejanza de Dios mientras marchamos por la senda de la vida. Este proceso subjetivo se llama santificación. La justificación se lleva a cabo en un momento, es un acto, un decreto de Dios, y la santificación es un proceso que dura toda la vida. Estamos llamados a profundizar nuestra experiencia con Dios, a permitir ser transformados por su poder.

El pecado borró casi por completo la imagen de Dios conforme a la cual Adán fue creado. La obra de la redención es más que un decreto de emancipación por el cual queda anulada nuestra culpabilidad. Su objetivo final es nuestra renovación interior, una transformación que se lleva a cabo en la vida de la persona perdonada, por medio del Evangelio, una transformación que vuelve a hacernos "conforme a la imagen de su Hijo" (Romanos 8:29). A pesar de que nacemos esclavos y enfermos, no hay razón para desesperar. El Evangelio es en verdad "buenas nuevas". El Señor en su misericordia ha elaborado un plan de rescate por medio del cual nos libera y nos sana, siempre que le demos cabida en nuestro corazón.

Capítulo 6

LOS FRUTOS DE LA REDENCIÓN

No hace mucho tiempo la esclavitud era una triste realidad social en los Estados Unidos, como también en otras partes del mundo. Seres humanos eran tratados como si fuesen mercancías; se compraban y vendían al mejor postor. Se cuenta que cierto día, en una subasta pública donde se compraban y vendían esclavos, se puso a la venta un esclavo, joven y fuerte. Lo vendían porque era rebelde, se negaba a trabajar para su amo. Un señor que conocía bien su historia decidió comprarlo, por lo que aumentó sus ofertas hasta que finalmente se quedó con él. Una vez concluida la transacción, el esclavo le dio una mirada recelosa a su nuevo amo, como diciéndole que tampoco trabajaría para él.

Al llegar a la casa, en vez de mostrarle el látigo y enviarlo a trabajar, su nuevo amo le dio una noticia que el esclavo pensó que jamás oiría. Le dijo que lo había comprado para dejarlo en libertad. "Desde este momento tú eres libre, tan libre como yo". Cuando el esclavo comprendió que lo que estaba oyendo era verdad, que era libre, abrazó a su amo y

le dijo: "yo quiero trabajar con usted para siempre". La liberación de la esclavitud te dio una nueva dimensión a su vida. Se convirtió en un trabajador modelo. Su mayor placer era ahora hacer lo mejor a favor de ese hombre que había mostrado tanta generosidad para con él.

LIBRES PARA OBEDECER

Esta historia ilustra muy bien un aspecto importante de la obra de la redención: la conducta de la persona redimida, y su motivación. Hicimos referencia ya a la historia del pueblo de Israel, quienes servían como esclavos al rey de Egipto. El Señor los sacó de la esclavitud para incorporarlos a su servicio, otra vez motivados por el amor y la gracia de su redentor.

A través de toda la epopeya libertadora aparecen, casi como un estribillo, las palabras: "Deja ir a mi pueblo, para que me sirva" (Éxodo 7:16). Los propósitos de Dios iban mucho más allá que el hecho de libertarlos; los estaba redimiendo para sí. Quería hacerlos sus hijos para que lo sirvieran con la misma motivación que la del esclavo del cual acabamos de leer.

Nuestra libertad se definió en la cruz, como ya hemos visto. Desde ese viernes de tarde, cuando Jesús ofreció su vida como el pago por los pecados del mundo, el cristiano no debe nada; no le pertenece más al antiguo amo. Pero no sólo hemos sido libertados de la tiranía del pecado, sino "hechos siervos de Dios". La redención nos pone al servicio de Dios. El fruto de servir a Dios es la santificación, el crecimiento en la gracia de nuestro Señor Jesucristo, la transformación a su semejanza.

EL CRISTIANO Y LA OBEDIENCIA

¿Es la obediencia parte del deber cristiano? Hay quienes malentienden la Escritura en este punto. Parecen creer que la redención deja libre a la persona para hacer a su juicio lo

mejor; que hablar de obediencia es hablar de legalismo. Pero no es así necesariamente. La obediencia no es legalismo cuando está debidamente motivada. La vida sería virtualmente imposible si no hubiera leyes. En el vasto universo todo está regido por principios que no pueden ser ignorados. No podría ser de otra manera. Imaginemos que la ley de la gravedad dejara de funcionar por un día o dos. Aun el tránsito en la ciudad donde yo vivo tiene una serie de regulaciones: hay límites de velocidad, Rices rojas, verdes y amarillas que constantemente me dicen qué debo hacer. Si no existieran estas leyes habría un caos total, y sería prácticamente imposible transportarse de un lugar a otro con cierta seguridad. El respeto a esas leyes es lo que hace posible la vida.

OBEDIENCIA EN EL EDÉN

Si damos un nuevo vistazo al Edén podremos comprender mejor las intenciones de Dios. Adán y Eva fueron creados en un estado de perfección, con una claridad de percepción desconocida para nosotros hoy. El mundo que los rodeaba gozaba de la misma perfección. Ellos podían descubrir la voluntad de Dios aun en las leyes que gobernaban la naturaleza. Todo era armonía y equilibrio.

Aun en ese contexto de una naturaleza perfecta y seres humanos perfectos, Dios les dio mandatos específicos. Sabemos que les dijo claramente que si bien todo el jardín estaba a su disposición, había un árbol del cual no debían comer. Dios no los dejó en libertad de escoger un árbol, el que a ellos les pareciera bien, para mantenerse alejados de él. Dios escogió el árbol y se lo hizo saber, les dijo claramente: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás" (Génesis 2:16, 17). Dios no les dio esa orden para restringirlos y hacerles la vida más difícil, sino porque tenía intenciones de misericordia para ellos. Era en la obediencia

y lealtad a su Hacedor donde encontrarían la felicidad y la razón por la cual vivir. La desobediencia traería sombras y fracasos.

EL ÉXODO Y EL SINAÍ

La liberación del pueblo de Israel de la esclavitud egipcia y su historia subsiguiente proveen lecciones importantes para ayudarnos a entender los planes divinos. Los israelitas, que habían sido esclavizados por mucho tiempo, y que no tenían otro porvenir que vivir y morir en la esclavitud, se encontraron de la noche a la mañana totalmente libres. Dios los había libertado en forma maravillosa.

El capítulo quince del libro de Éxodo contiene un canto de liberación, entonado por los redimidos después de cruzar el Mar Rojo. Es un cántico de alabanza a Dios por su liberación. Entre otras cosas cantaran; "¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad...? Condujiste en tu misericordia a este pueblo que redimiste; lo llevaste con tu poder a tu santa morada" (Éxodo 15:11, 13).

Es por demás interesante que este pueblo ahora libre, redimido por la gracia de Dios, fue llevado directamente al monte Sinaí, donde Dios le dio una cantidad de instrucciones y mandamientos. Pero, ¿para qué darles leyes y mandamientos si ya estaban redimidos, si eran el pueblo escogido de Dios? Lo notable en este incidente es la secuencia de los eventos. La liberación vino primero, y la ley después. La ley fue dada a un pueblo ya redimido. ¿Y con qué propósito fue dada? Sencillamente para ayudarles a vivir bien, a gozar de la libertad que acababan de conseguir.

Si podemos captar esto, todo lo demás se hace más fácil de comprender. La ley no jugó ningún papel definido en la liberación de los esclavos. El salir de Egipto, y obtener la libertad, fue un don de la gracia de Dios. Ellos no lo

pidieron, no se esforzaron para conseguirlo; fue un regalo de Dios. Todo lo que podían hacer era agradecer a Dios y alabarlo, precisamente lo que hicieron según el capítulo quince que acabamos de citar. Dios no envió a Moisés con leyes para que los esclavos las obedecieran como condición para conseguir la libertad. En tal caso ellos hubiesen tenido "de qué gloriarse". Pero no, su liberación fue de veras un don innecesario.

La ley vino *después* de la liberación. Debía jugar un papel en la vida de los redimidos, no en su liberación. Hay un detalle que no debíamos pasar por alto en este contexto. Cuando el pueblo se encontraba junto al monte Sinaí, y todo estaba listo para que Dios les diese sus leyes y directivas, antes de hacerlo, les recordó quiénes eran. Antes de darles los Diez Mandamientos les dijo: "Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre" (Éxodo 20:2), e inmediatamente, en el versículo siguiente, prosigue con la enumeración de los Diez Mandamientos.

¿Por qué fue dada la ley, especialmente los Diez Mandamientos, entonces? En su amor, Dios les dio a sus hijos lo mejor que podía darles, directivas para ayudarlos a vivir bien, a disfrutar de la libertad. Y este es el propósito de las leyes de Dios, especialmente los Diez Mandamientos. Algunas leyes tenían, obviamente, una intención sólo temporal, como las leyes que prescribían los sacrificios, cuyo propósito era anticipar la venida del Mesías, que vendría como el Cordero de Dios para **quitar** los pecados del mundo (ver S. Juan 1:29).

Pero los Diez Mandamientos encierran principios eternos que tienen que ver con el mismo gobierno de Dios. Regulan la relación del hombre con Dios y con su prójimo. Por ello tienen tanta validez hoy como cuando fueron dados en el Sinaí hace varios milenios. Contienen la esencia de

lo que es Dios, de su carácter. Se resumen, dijo Jesús, en una palabra: *amor*, amor supremo a Dios y al prójimo como a nosotros mismos.

Los primeros cuatro mandamientos tienen el propósito de elevar la mirada del hombre hacia Dios, su creador y redentor, y darle a él el primer lugar. Por eso Dios les pide a sus hijos que no tengan dioses ajenos, que no adoren imágenes, que no tomen su nombre en vano, y que dediquen el día sábado para cultivar una relación especial con él.

Los últimos seis regulan la relación con el prójimo. Y otra vez, no son mandamientos para esclavos, sino para personas redimidas, para hijos de Dios, quienes viven agradecidos, y están deseosos de demostrar su gratitud por medio de su lealtad y obediencia. Les pide a sus hijos que honren a sus padres, que no maten, que no cometan adulterio, que no roben, que no levanten falso testimonio y que no codicien. Todo tiene que ver con el bienestar del prójimo y de la persona misma. No se puede hacer algo para beneficiar a otro sin ser uno mismo bendecido. Los mandamientos fueron dados como protección, para garantizar la libertad y la felicidad de los redimidos.

Difícilmente alguien podrá objetar a lo recién mencionado. Sería inconcebible pensar en vivir sin leyes, sin parámetros que guíen la vida del cristiano y protejan la libertad y la dignidad del prójimo.

LA LEY Y LA GRACIA

Debemos reconocer, sin embargo, que no siempre es fácil poder establecer con claridad cuál es la relación que existe entre la ley y la gracia, entre la fe y las obras. Si bien es cierto que la Biblia establece con absoluta claridad que la salvación es un don de la gracia de Dios que se recibe por fe, también había en forma no menos clara de la obediencia y de las buenas obras. El Señor Jesús pronunció aquellas

palabras conocidas: "Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras" (S. Mateo 16:27). Evidentemente las obras tienen algo que ver con la salvación.

Hay quienes tratan de simplificar el problema pretendiendo que la gracia elimina la ley, que las obras en ninguna manera cuentan. Citan las palabras de la Escritura: "Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" {Romanos 6:14}, y sin pensarlo cuidadosamente, e ignorando otros pasajes de la Escritura, concluyen que el cristiano no tiene ninguna obligación hacia la ley de Dios.

El apóstol Pablo, conocido como el apóstol de la gracia, de la justificación por la fe, es muy positivo en cuanto a la naturaleza y función de la ley. Nos recuerda que "la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Romanos 7:12), y que él, en lo interior, se deleitaba en la ley de Dios (ver Romanos 7:22). Pero admite que esa ley buena puede ser mal usada. A Timoteo le escribió: "Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente" (1 Timoteo 1:8).

Aun las cosas buenas pueden ser abusadas o mal usadas. Cuando alguien piensa que puede salvarse por obedecer la ley, la está usando en forma ilegítima, porque la ley nunca fue dada con esta finalidad. La ley no es, y nunca fue, un método de salvación. No es un método, pero sí es una norma para guiar la vida del cristiano. Da la impresión que San Pablo, lejos de ver la gracia y las obras como si estuvieran en oposición la una de la otra, ve a la gracia como la fuerza motivadora de la verdadera obediencia y de las buenas obras.

Notemos cómo " el apóstol de la gracia" establece esta relación: "Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas lo suficiente, *abundéis para toda buena*

obra" (2 Corintios 9:8). Las palabras "gracia" y "buenas obras" están juntas en lamento de Pablo. En otras palabras, la gracia de Dios no elimina la necesidad de obedecer. La ley de Dios nunca fue abrogada, sigue funcionando.

Una ilustración de la vida real puede ayudarnos en este terreno. La policía detuvo a un motorista que viajaba a ochenta kilómetros (50 millas) por hora en una zona urbana donde el límite de velocidad era veinticinco kilómetros (40 millas). Fue detenido porque había violado la ley de tránsito. Recibió, naturalmente, una citación. En el día señalado el conductor se hizo presente en la corte. El juez le preguntó si aceptaba el cargo, si era verdad que había viajado a mayor velocidad de lo que permitía la ley en ese sector de la ciudad. Cuando éste respondió que sí, que así era, el juez le preguntó si tenía algo que decir, alguna explicación por su conducta irresponsable. "Todo lo que puedo decir es que estaba llevando de emergencia a mi hijita al hospital, y absorbido por esta preocupación, no presté la debida atención a los límites de velocidad", dijo el infractor.

El juez llamó al hospital donde el padre dijo haber llevado a la niña, y preguntó si en tal fecha, a tal hora, había llegado dicha niña a la sala de emergencias. Cuando comprobó que era verdad, el juez, movido a misericordia, le canceló la multa. El hombre salió perdonado, no estaba más bajo la condenación de la ley, todo había sido arreglado merced a la buena voluntad del juez. A pesar del perdón recibido, su relación con la ley no cambió, él no fue eximido de obedecer la ley en el futuro. La misma ley seguía gobernando el tránsito en ese sector, y él debía obedecer la ley igual que todos los demás.

En virtud de la gracia de Dios, el pecador culpable de haber violado la ley es perdonado. La ley no lo condena más, pero la ley sigue rigiendo la vida de los hombres. La liberación no anula la ley, anula su condenación.

LA MOTIVACIÓN EN LA OBEDIENCIA

El asunto no es obediencia o desobediencia. Todo cristiano serio va a insistir en el hecho de que Dios espera obediencia de sus hijos, que la obediencia no es algo opcional. Lo que determina si la obediencia es aceptable a Dios o no es el motivo que la inspira. Una obediencia motivada sólo por el deber, porque mía ley lo dice, no es la obediencia de la cual habla la Escritura. Tal cosa es legalismo, "obras de la ley", las llama San Pablo.

Pero una relación genuina con el Señor va a producir una vida de obediencia, no de obediencia a listas prefabricadas de cosas externas, sino una actitud obediente. Nada podría ser más claro que las palabras de Jesús: "Si me amáis, guardad mis mandamientos¹" (S. Juan 14:15). Jesús podría muy bien haber dicho que si alguien no lo ama, pierde tiempo guardando la ley si piensa que por ello va a encontrar la salvación. La obediencia genuina es una actitud del alma más bien que una conducta externa. El amor de Dios en el alma motiva la obediencia,

OVEJAS Y CABRITOS

No hay mejor ejemplo en la Escritura para ilustrar la importancia y la naturaleza de las buenas obras que las palabras de Jesús mismo. Él habló claramente de lo que sucederá al final del tiempo, en el día del juicio, cuando el destino de cada persona haya sido para siempre decidido. Dijo que cuando él venga, se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda (ver S. Mateo 25:31-46).

¿Cuál será la base sobre la cual se hará esta separación? ¿Por qué algunos estarán a su derecha, es decir, serán salvos, y otros no? Escuchemos las palabras de Jesús:

"Entonces el rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí¹.

La única razón que da el Señor son las buenas obras que hicieron. Pero ¿cómo; no es que nadie se salva por hacer buenas obras, que la salvación es por fe? La respuesta a estas preguntas se encuentra en la reacción de los redimidos a las palabras de Jesús. Ellos se sorprenden con lo que oyen, y le preguntan a Jesús cuándo hicieron tales cosas, porque no están conscientes de haberlas hecho. A lo cual Jesús responde: "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (S. Mateo 25:31-41).

Lo que determina si la obediencia es genuina o no, si las obras son buenas o malas, es el motivo que las inspira. Nosotros como humanos nos fijamos constantemente en lo exterior, en lo que se puede ver y medir, pero Dios mira el corazón. El profeta Samuel escribió al respecto: "porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón" (1 Samuel 16:7).

Una historia para niños muy conocida ilustra, en forma práctica, en qué consisten las buenas obras. Se trata de una familia compuesta por el papá, la mamá y cuatro hijitos que vivía en las afueras del pueblo. Un día triste la mamá se enfermó y a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron por salvarle la vida, todo fue inútil. Como era gente de escasos recursos económicos, el padre tuvo que reanudar su trabajo poco después de haber sepultado a su esposa.

Como no fue posible emplear a una persona para que se encargara de los quehaceres de la casa y del cuidado de los pequeños, tal responsabilidad cayó pesadamente sobre los hombros de la niña mayor, que contaba entonces con sólo

ocho años de edad. Sin ninguna objeción, la pequeña se entregó por completo a la tarea de atender a sus hermanitos. No le quedaba tiempo para jugar porque su trabajo resultó ser de tiempo completo: hacer la comida, la limpieza, el lavado de la ropa. Tampoco pudo continuar yendo a la escuela, porque sus hermanitos la necesitaban en la casa.

Después de haber pasado cinco años, una señora que había vivido en el vecindario pero que por un tiempo se había ausentado regresó de paseo a la localidad, y comenzó a conversar con sus antiguas amistades. Le preguntó a una de sus amigas si sabía algo de esa familia donde había fallecido la mamá cinco años antes. La amiga le dijo que todavía vivían en la misma casa, pero que la nena mayor, ahora con trece años, estaba muy delicada de salud, y que se temía por su recuperación. Esta señora decidió ir a visitarla y la encontró, precisamente, en la cama. Se sentó a su lado y después de conversar por unos momentos, la pequeña le dijo que no se sentía bien, que no sabía lo que iba a suceder con ella, y que no le daba miedo morir si esa era su suerte, pero que le daba vergüenza.

Sorprendida la señora, le pidió que le explicara por que decía eso. La niña le respondió que durante los últimos cinco años desde la muerte de su madre estuvo tan ocupada atendiendo a sus hermanitos que no había tenido tiempo de hacer nada para Jesús; y si tenía que encontrarse con él, no sabía qué le iba a decir. La señora, tratando de disimular la emoción, le tomó la mano, dura, llena de callos, y le dijo: "hija, si te toca encontrarte con Jesús, no le digas nada, muéstrale tus manos y él va a entender". Estaba dando su vida por sus hermanitos y no pensó que había hecho nada significativo. De veras que los habrá amado. "Señor, ¿cuándo hicimos esto y lo otro?", dirán los redimidos. En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis", será la respuesta de Jesús.

Capítulo 7

LAS LUCHAS DE LOS REDIMIDOS

Se cuenta la historia de un nativo que vivía internado en la selva, bastante alejado de la civilización. Para llegar a la aldea más cercana tenía que caminar un buen número de horas. Un día hizo la caminata hasta la aldea para comprar víveres en una tienda, y después de pagar por la mercancía emprendió el largo camino de regreso a su aldea. Al llegar y abrir uno de los sacos donde había llevado la mercancía encontró, para su sorpresa, el dinero con el cual había pagado en la tienda cuando hizo la compra.

Al día siguiente se levantó bien temprano, recorrió todo el camino otra vez, entró a la tienda y le dio el dinero al dueño. "Oh, le dijo el tendero, no se hubiera molestado; a fin de cuentas no era mucho; yo no me hubiera dado cuenta que me faltaba ese dinero. Pero dígame, ¿por qué vino? ¿Qué fue lo que lo movió a recorrer todo este camino para devolverme el dinero? Yo sé que vive a varias horas de camino".

En toda su sencillez, el nativo le dijo: "¿Sabe? Tan pronto como encontré el dinero que no era mío me di cuenta que había dos hombres dentro de mí, que no se podían poner de acuerdo. Uno me decía: 've, y devuelve el dinero'. Y el otro: 'guárdalo. Nadie lo sabe'¹. Uno me decía: 'sí, pero no le pertenece', y el otro: 'nadie lo vio'. Uno me decía: 'de todos modos es tan poco, que no vale la pena caminar todas esas horas'; el otro: 'aunque es poco no es tuyo y debes devolverlo'. Cuando llegó la noche y fui a la cama no pude dormir, porque esos dos hombres se pelearon dentro de mí toda la noche. Por eso decidí venir a devolver el dinero para poder dormir tranquilo".

LUCHA INTERNA

La experiencia de este hombre sencillo ilustra algo que es muy real en la vida cristiana. Pareciera que cuando una persona le entrega su vida a Dios, todo debiera ser color de rosas, sin problemas. Pero no es así. A veces pareciera inclusive que las dificultades empiezan tan pronto alguien se dispone a abandonar la esclavitud del pecado para servir a Dios.

El apóstol Pablo, quien tuvo un encuentro personal con el Jesús resucitado, nos cuenta en forma muy honesta algo de su propia experiencia una vez que conoció al Maestro. Parece que las cosas no eran siempre fáciles para él. Habla de una fuerte lucha interna. En la carta que escribió a la iglesia de Roma dedica bastante espacio, por lo menos doce versículos (7:14-25), para hablar de su experiencia. Para muchos ésta es la porción más difícil de la carta. La lucha de la que habla el apóstol parecía tan real y tan severa a veces, que en cierto momento lo llevó a exclamar: "¡Miserable de mí!"

Hay quienes, debido a una comprensión peculiar de lo que debe ser la vida cristiana, se niegan a creer que San

Pablo estaba hablando de su propia experiencia al momento de escribir la carta. Piensan más bien que se estaba refiriendo a su vida pasada antes de llegar a ser cristiano. Otros argumentan que es posible que el apóstol tenía en mente la experiencia de otra persona, que no está hablando de sí mismo.

Pero este razonamiento no parece muy convincente por varias razones. Difícilmente Pablo se está refiriendo a su vida pasada, porque según él lo cuenta en otro contexto, su vida en el judaísmo había sido muy tranquila. Mientras militaba en la religión de sus padres era, según sus propias palabras, "irreprensible" en su obediencia (ver Filipenses 3:3-6), lleno de ambiciones personales y de suficiencia propia. No hay evidencias de ninguna lucha tal en su vida pasada. Además, todos los verbos que usa San Pablo en esta sección de la carta están en el tiempo presente: "quiero", "hago", "entiendo", "deleito", "veo". No hay justificación alguna para interpretar sus palabras como si estuviera hablando de un momento pasado de su vida. El tiempo presente de la narración no lo permite.

Tampoco se podría pensar que se está refiriendo a otra persona, siendo que en estos pocos versículos usa más de cuarenta veces los pronombres "yo", "me", "mis". Para entenderlo de otra manera habría que hacer demasiada violencia al sentido natural del texto. San Pablo está hablando de sí mismo, no de otra persona. Además está haciendo referencia a su experiencia en los momentos de escribir la carta, no a un tiempo anterior.

No es que este hablando de una lucha fuerte contra tentaciones grandes, pecados capitales, sino que en lo que dice se oye el clamor de un alma sensible que logró captar la hermosura del carácter de Cristo, y cuyo mayor anhelo era vivir como él, pero reconoce que este ideal está más

allá de su alcance. Los ideales de Dios son tan elevados, la capacidad humana tan limitada y la voluntad tan débil, que siempre habrá una enorme distancia entre el ideal y lo que logramos alcanzar. Pablo está hablando además de lo que experimenta todo cristiano que anhela sinceramente vivir en armonía con la voluntad de Dios. La vida cristiana es una marcha, una lucha constante.

DOS NATURALEZAS

La Biblia nos ayuda a entender el porqué de esta lucha sin tregua en la vida del cristiano. Se debe a que la persona convertida tiene dos naturalezas que se oponen la una a la otra. Veamos otra vez como el apóstol Pablo lo explica. Al escribir a la iglesia de Galacia, dice: "Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; *y estas se oponen entre sí*, para que no hagáis lo que quisierais" (Gálatas 5:17). Se trata de una lucha que se lleva a cabo entre la "carne" y el "Espíritu", porque estos dos se oponen entre sí.

Pero, ¿cómo se explica la presencia de estos dos principios en el mismo corazón? De acuerdo a lo que ya vimos anteriormente, debido al pecado de Adán, todos nacemos con una naturaleza pecaminosa, con inclinaciones naturales al mal, a la desobediencia. El profeta Jeremías nos recuerda que el corazón humano es engañoso "más que todas las cosas, y perverso" (Jeremías 17:9). Cierta día Jesús le dijo a la gente que lo oía: "Si vosotros, siendo malos..." (S. Mateo 7:11). Esta es la cruda realidad. Por naturaleza somos malos, carnales.

Cuando una persona se convierte, cuando nace de nuevo, según lo vimos en un capítulo anterior, recibe "de lo alto", por obra del Espíritu Santo, un nuevo principio en su vida, una nueva naturaleza. Esta naturaleza tiene afinidad con las cosas de arriba, está en armonía con la naturaleza divina.

Este principio contrarresta las tendencias naturales del corazón humano, y motiva al individuo a amar a Dios y a amar y servir al prójimo en vez de explotarlo. Pero la naturaleza carnal no desaparece. El cristiano tiene, en realidad, dos naturalezas.

¿CUÁL DE LAS DOS REINA?

El hecho de que la naturaleza carnal no es erradicada en el momento de la conversión explica la presencia de estas dos tendencias. No debemos olvidar que cuando el apóstol explica lo que sucede en la conversión y dice que "nuestro viejo hombre fue crucificado" (Romanos 6:6), "viejo hombre" no es sinónimo de naturaleza carnal.

Hay quienes han malogrado su experiencia cristiana al hacer esta equivalencia equivocada. Creyeron que al aceptar al Señor no tendrían más luchas y tentaciones; y cuando las experimentan, concluyen que su experiencia cristiana no ha sido genuina. ¿Qué es el viejo hombre? El mismo apóstol contesta: "En cuanto a *la pasada manera de vivir*, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos" (Efesios 4:22).

El viejo hombre es la pasada manera de vivir, la vida de pecado habitual, sin inquietudes ni deseos espirituales. La analogía de la crucifixión que usa el apóstol es muy adecuada para explicar lo que pasa en la conversión. La persona crucificada no moría en forma instantánea; podía seguir viviendo varias horas o aun días clavada en la cruz. Pero al estar en la cruz perdía el derecho de vivir, de gobernar, de hacer su voluntad.

San Pablo no dice que el viejo hombre es "decapitado", eso sí significaría una muerte absoluta. La realidad es que la naturaleza carnal permanece, pero pierde el derecho a la

supremacía; encuentra que parte de su territorio ha sido ocupado por otro principio, la naturaleza espiritual que la limita y controla. De ahí que se produzcan los conflictos y las luchas, porque estos dos principios quieren lograr la ascendencia, ocupar el trono del alma y dominar. Y la verdad es que uno de los dos lo va a hacer; uno de los dos va a imponer las condiciones, va a reinar.

El apóstol San Pablo NOS da un consejo práctico cuando dice: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias" (Romanos 6:12). En realidad, este consejo no tendría razón de ser si la naturaleza pecaminosa hubiera muerto totalmente en el momento de la conversión. Pero más que un consejo, lo que él dice es un imperativo, una orden. Nos ordena a no permitir que se imponga el viejo hombre. ¿Quiere decir entonces que nosotros tenemos algo que hacer? ¿No es acaso la salvación un don de Dios y él lo hace todo?

Sí, la salvación es un don de Dios, pero este don nunca destruye la libertad de escoger, de hacer decisiones, de aceptar o rechazar la invitación divina. La gracia de Dios y nuestra necesidad de actuar se encuentran bien establecidas en la experiencia del pueblo de Israel. Al salir de Egipto, gracias a un milagro de la gracia de Dios, se encontraron de pronto frente al Mar Rojo que impedía su marcha, y detrás vieron acercarse al ejército egipcio que venía persiguiéndolos.

En ese momento de apremio Moisés le dijo al pueblo: "No temáis, estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros... Jehová peleará por vosotros y vosotros estaréis tranquilos. Entonces Jehová dijo a Moisés: ¿por qué claman a mí? Di a los hijos de Israel que marchen" (Éxodo 14:13-15). Dios los sacó de Egipto, abrió el mar, pero no los empujó para que cruzaran el mar; les dio una

orden; ellos debían ahora marchar en obediencia al mandato divino.

Así es en la vida cristiana. Dios nos salva y nos pide que marchemos. Constantemente la Biblia nos hace ver que somos seres responsables, que debemos esforzarnos por andar en los caminos de Dios. Una palabra que se encuentra con frecuencia en la Biblia es la que se traduce generalmente como "andar". Y es usada generalmente en forma de imperativo, de un mandato. Veamos algunos ejemplos. El apóstol Pablo escribió: "Digo, pues: *andad* en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne" (Gálatas 5:16). "Andad", "no satisfagáis", son órdenes-. En otra de sus cartas escribió: "Yo pues, preso en el Señor, os ruego que *andéis* como es digno de la vocación con que fuisteis llamados" (Efesios 4:1).

Cuando el apóstol dice "no reine el pecado", eso significa una orden para nosotros. Nosotros tenemos algo que ver en cuanto a cuál de las dos naturalezas va a dominar en nuestra vida. Pero, ¿en qué forma? Es obvio que la naturaleza que va a dominar es la que esté más fuerte. ¿Y cómo se fortalecen estas naturalezas? Sencillamente con lo que se alimentan, lo mismo que sucede en el mundo natural.

La Escritura nos dice: "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad" (Filipenses 4:8). Todo lo que sea impuro, engañoso, inmoral, deshonesto y logre entrada por alguna de las avenidas del alma, va a fortalecer la naturaleza carnal. Por otro lado, todo lo que es puro, honesto, verdadero, alimenta la naturaleza espiritual.

La realidad es que nosotros decidimos en gran medida cuál de las dos naturalezas recibirá mayor atención. Lo

que leemos, lo que miramos en televisión, la música que escuchamos, lo que pensamos, todo tendrá su efecto, y determinará cuál de las dos naturalezas estará más vigorosa. El apóstol nos dice que "los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu" (Romanos 8:5).

Del mundo natural podemos obtener una lección muy provechosa en este terreno. Cuando uno cultiva un jardín o una hortaliza, se da cuenta bien pronto que la mala hierba crece fácilmente y se alimenta con cualquier cosa. Es natural a ese terreno. Por otro lado, qué difícil se hace a veces cultivar plantas delicadas. Hay que alimentarlas, regarías con mucho esmero para que se fortalezcan y lleguen a ser útiles. Algo muy similar sucede en la vida cristiana. Lo natural, lo bajo, se alimenta muy fácilmente. Pero es necesario hacer un esfuerzo consciente y constante para alimentar la nueva naturaleza, esa planta espiritual, que fue introducida en el alma al tiempo de la conversión. Debemos velar siempre y esforzarnos porque es más fácil ir cuesta abajo que cuesta arriba.

NO HAY CONDENACIÓN

No debe ser motivo de preocupación excesiva que al aceptar a Cristo lo carnal todavía permanezca en nosotros. Esto será sencillamente una realidad inevitable hasta que el Señor, en momentos de su segunda venida, elimine todo residuo de pecado de nuestra carne. Porque, según nos dice la Palabra, "nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor nuestro Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya" (Filipenses 3:20, 21). Será en ese momento cuando "esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (1 Corintios 15:53).

El problema no es que tengamos dos naturalezas. Lo que de veras cuenta es cuál de las dos domina. Esa lucha interna es la suerte de todo cristiano. Lo que sí debemos saber es que eso es natural, parte "del paquete"¹. El mismo apóstol Pablo, después de describir en términos vividos la lucha que se libraba en su propia vida, concluye diciendo: "Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro..." (Romanos 7:25). E inmediatamente, al comenzar el capítulo siguiente, nos asegura: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús..." (Romanos 8:1). La pequeña conjunción "pues" indica una relación con lo que precede. Saca una conclusión. A pesar de la lucha, severa a veces, no hay condenación para el hijo de Dios mientras permanezca en sus caminos, mientras no caiga bajo el dominio de su naturaleza carnal.

FUERTES EN LA DEBILIDAD

La vida cristiana es, en un sentido, una paradoja. Pareciera lógico pensar que el cristianismo debiera hacernos fuertes, a fin de que eventualmente podamos caminar solos. Sin embargo, la realidad es todo lo contrario. Cuanto más nos acercamos a Dios, más claramente vemos nuestras necesidades a la luz de su presencia y más sentimos que necesitamos su ayuda constante. El apóstol Pablo nos cuenta de su experiencia con el Señor en un momento cuando estaba pasando por pruebas difíciles: "Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mi el poder de Cristo" (2 Corintios 12:9).

Jesús habló en forma hermosa de nuestra necesidad de permanecer unidos a él para poder vivir una vida victoriosa y llevar fruto. "Permaneced en mí, y yo en

vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (S. Juan 15:4, 5). Nuestra fortaleza se encuentra en nuestra unión con él. "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:13), pudo decir confiado el apóstol.

Pero como decíamos antes, el Señor no impone su presencia, no nos mantiene unidos a la vid por la fuerza; siempre respeta nuestro libre albedrío. Nos invita a involucrarnos en una búsqueda incesante. Como bien lo dijera Agustín hace ya 1.500 años: "Una vez que hayas encontrado a Dios, sigue buscándolo". Es decir, no permitas que nada se interponga, que nada te separe de él, porque nosotros estamos "completos en él" (Colosenses 2:10), nunca en nosotros mismos.

Cristo, en el momento de su mayor debilidad, obtuvo el mayor triunfo. Estaba en la cruz, crucificado como un malhechor, Los hombres a quienes vino a salvar se mofaban de él; el Padre había vuelto de él su rostro; tinieblas cubrían la tierra. En esos momentos exclamó triunfante: "Consumado es" (S. Juan 19:30); y en ese instante redimió a la humanidad.

El Señor prometió estar con nosotros "todos los días, hasta el fin del mundo" (S. Mateo 28:20), y eso incluye también los momentos de pruebas y dolor. Si algún día la lucha es intensa, y te sientes débil, recuerda que es precisamente en la debilidad donde se perfecciona el poder de Dios. Si las pruebas son difíciles, él va con nosotros. Alguien escribió una breve prosa que se conoce con el título de "Huellas en la arena", que ilustra muy bien lo que estamos diciendo.

"Una noche tuve un sueño. Me encontraba caminando con el Señor junto a una playa, y veía escenas de mi vida que se proyectaban en los ciclos. En cada escena notaba dos pares de huellas en la arena. Uno era mío, el otro del Señor. Cuando apareció delante de mí la última escena de mi vida, traté de ver las huellas en la arena, y noté, para mi sorpresa, que muchas veces a lo largo del sendero de mi vida había sólo un par de huellas, Y era precisamente en los momentos más difíciles y tristes de mi vida. Le pregunté al Señor acerca de ello: 'Señor, tú me dijiste que cuando yo decidiera seguirte, tú caminarías conmigo todo el tiempo. Pero noté que durante los momentos más difíciles de mi vida se ve sólo un par de huellas. No puedo entender por qué te alejaste de mi lado en los momentos que más te necesitaba'. El Señor me dijo: 'Mi hijo querido, yo nunca me alejé de ti en tus momentos de dificultad. Donde ves sólo un par de huellas en la arena, es porque yo te llevaba cargado'".

Capítulo 8

LA VIDA DE LOS REDIMIDOS

Hace más de 2.500 años el profeta Isaías expresó una preocupación profunda a la cual nosotros debiéramos prestarle cuidadosa atención. Desalentado por la manera en que vivía la gente de su tiempo, escribió: "¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no satisface?" (Isaías 55:2). Aunque este texto tiene una aplicación literal, ya que muchas personas gastan su dinero en cosas innecesarias y con frecuencia perjudiciales en vez de gastarlo en cosas útiles, su intención es más bien llamar la atención a un principio fundamental que se aplica a todas las cosas.

Es el principio expresado en la palabra "prioridades". En todos los órdenes de la vida hay cosas que son más importantes que otras. Hay cosas que son centrales, mientras que otras son periféricas, de importancia secundaria. El peligro al que todos estamos expuestos, lo mismo que los contemporáneos de Isaías, es precisamente el de "gastar mucho dinero" en cosas que no ameritan

tanto, mientras se descuida lo que es de mayor importancia.

En la vida cristiana, en la práctica de la religión, también existen "prioridades"; también hay cosas que son más importantes que otras. Y es nuestra responsabilidad estar atentos a ellas, descubrir su esencia.

LA ESENCIA DEL CRISTIANISMO

Nadie ha dado jamás una definición más precisa de lo que es la esencia del verdadero cristiano que el Señor Jesús. Además de demostrarlo en su propia vida, lo dejó dicho con palabras que se han hecho inmortales. Cuando él estuvo en esta tierra la religión de los judíos se había tornado en algo puramente externo, consistía mayormente en formas vacías. Eran muy escrupulosos en cosas ceremoniales, en vanas repeticiones, mientras que había muy poca preocupación por lo interno, por la pureza del corazón. Eran tan extremos en su vana pretensión que en cierta oportunidad Jesús los comparó a "sepulcros blanqueados... [que] por fuera, a la verdad, se muestran justos a los hombres, mas por dentro están llenos de toda inmundicia" (S. Mateo 23:27, 28).

Un día ciertos religiosos se acercaron a Jesús con una pregunta muy importante. Le dijeron: "Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande de la ley?" Sin duda querían tenderle una celada, ver si podían encontrar algo fuera de lugar en sus enseñanzas para poder acusarlo. En la respuesta que dio Jesús a la pregunta de estos fariseos se encuentra el corazón de lo que es la vida cristiana. Sin ningún tipo de preámbulo Jesús les dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos

mandamientos depende toda la ley y los profetas" (S.Mateo 22:36-40).

No hay duda que para Jesús lo más grande, el mandamiento mayor, lo que encierra todo lo demás es el amor, un amor que tiene dos dimensiones, una vertical y otra horizontal. Amor a Dios y a nuestros semejantes. El amor es la esencia de la vida cristiana. Es preeminente; si falta el amor, falta todo. Si el amor no motiva la conducta, todas las ceremonias y las formas de la religión carecen de todo valor.

EL AMOR ES UN PRINCIPIO

Pero, ¿qué es amor? En nuestros días esta palabra se ha depreciado considerablemente. Se la usa para describir todo tipo de relaciones. ¿Qué quiso decir Jesús? En el idioma en que fue escrito el Nuevo Testamento hay varias palabras que se traducen al castellano con la palabra amor, pero no todas tienen el mismo significado. Una de estas palabras es *eros*, de donde viene la palabra "erótico", y se refiere al amor sexual, carnal (*eros* no se encuentra en el Nuevo Testamento).

Otra palabra es *fileo*, que se refiere al amor fraternal, al amor de hermanos, al amor que se expresa cuando hay correspondencia entre dos personas; es la base de la palabra "Filadelfia", donde se encuentra precisamente en combinación con la palabra "hermano". La palabra "filantropía", la combinación de *fileo* y "hombre", indica amor por los demás, espíritu de servicio. *Fileo* denota particularmente afecto, sentimientos de ternura. Es mutualista, habla de una correspondencia mutua entre dos personas.

La palabra que Jesús usó en el texto que estamos considerando es la palabra *ágape*, la palabra clave en el Nuevo Testamento para referirse al amor de Dios y al amor

que los cristianos deben tener los unos por los otros. Esta palabra hace referencia al amor genuino, que da sin esperar ser correspondido; es totalmente altruista en sus alcances. No tiene que ver con sentimientos porque es un principio. La Biblia usa esta palabra para denotar el amor de Dios por la humanidad; Dios ama con amor *ágape*, desinteresado, generoso. El amor genuino se puede conocer solamente por las acciones que produce. El amor de Dios lo motivó a enviar a su Hijo como un don para la salvación de la humanidad. Las palabras "porque de tal manera *amó* Dios al mundo que dio a su Hijo..." (S. Juan 3:16), forman el eje sobre el cual gira toda la verdad del Evangelio. -

DIOS ES AMOR

Todo el plan de la salvación está basado en la realidad que Dios es amor. *Ágape* expresa el amor profundo y constante de Dios hacia sus criaturas indignas. Este asombroso amor se manifestó por primera vez en el Edén, cuando Dios perdonó a sus hijos extraviados en vez de darles el castigo que merecían. Pero no se detuvo allí; se sigue manifestando de la misma manera para con nosotros hoy, y nuestra situación delante de Dios no es mejor que la de nuestros primeros padres. El apóstol Pablo lo describe así: "[Nosotros] éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. *Pero Dios*, que es rico en misericordia, *por su gran amor con que nos amó*, aun estando muertos en nuestros pecados, nos dio vida juntamente con Cristo" (Efesios 2:3-5).

Un autor cristiano dijo que las palabras "pero Dios" en este texto contienen, en un sentido, todo el Evangelio. Adán y Eva no merecían perdón, "pero Dios" fue a buscarlos y los perdonó. Nosotros no merecemos nada, "pero Dios" nos sigue amando hasta el fin. Así es Dios. La Palabra nos recuerda que "Jehová se manifestó a mí hace ya mucho

tiempo, diciendo: *Con amor eterno te he amado*; por tanto, te prolongué mi misericordia" (Jeremías 31:3). El apóstol Juan, quien posiblemente experimentó en su propia vida la profundidad del amor divino más que ningún otro ser humano, escribió las palabras inmortales: "Dios es amor" (1 S. Juan 4:8).

El apóstol Pablo tratando de subrayar la verdad del amor innecesario de Dios para con el ser humano se vale aun de una repetición cuando dice: "siendo justificados *gratuitamente por su gracia*, mediante la redención que es en Cristo Jesús" (Romanos 3:24). La palabra **traducida** "gratuitamente" significa literalmente sin causa, sin motivo, sin que haya ninguna razón **para** hacerlo. Y la palabra gracia había de un don innecesario. Somos justificados gratuitamente, como un regalo.

AMOR AL PRÓJIMO

La Escritura no deja lugar a dudas en cuanto a la importancia del amor al prójimo. Nos dice el apóstol Juan que "si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso" (1 S. Juan 4:19). La palabra aborrece no significa necesariamente "odiar", aborrecer en el sentido que nosotros usamos la palabra hoy. En el idioma del Nuevo Testamento esta palabra puede ser equivalente a "amar menos", o tratar a alguien sin amor. Jesús usó la misma palabra en otro contexto, lo que nos ayuda a entender su significado. Dijo a una gran multitud que le seguía: "Si alguno viene en pos de mí, y no aborrece a su padre, y a su madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo" (S. Lucas 14:26).

Es muy claro que aquí no se está hablando de odio, sino sencillamente dice que quien pretende seguir al Señor debe **ponerlo** en primer lugar; todas las otras relaciones deben

pasar a un segundo plano. Por lo tanto, "el que aborrece a su hermano" es aquel que lo pone en segundo lugar, que no le da el lugar que le corresponde, que no lo ama como a sí mismo. Lo opuesto a amor no es odio necesariamente, sino indiferencia. El amor genuino no es indiferente, sino que simpatiza, busca prestar una mano de ayuda, se interesa por los demás.

La base de este amor, de esta dedicación, es lo que Dios ha hecho. El apóstol Pablo, después de dedicar once capítulos de la carta a los romanos a explicar las profundidades y alcances del plan de la redención, llama a sus lectores a responder, y lo hace en forma hermosa. Les dice: "Así que, hermanos, os ruego *por las misericordias de Dios*, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Romanos 12:1, 2).

Luego el discípulo amado nos recuerda que "si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros" (1 S. Juan 4:11). Este es el mayor desafío para el cristiano. ¿Es tal cosa posible? ¿Es posible amar así como Dios ama, con amor *ágape* a nuestro prójimo?

POR SUS FRUTOS LOS CONOCERÉIS

Así como un árbol es conocido por los frutos que lleva, de igual manera el cristiano. Jesús usó la comparación en un par de oportunidades. En el Sermón del Monte le dijo a quienes le seguían: "por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?" (S. Mateo 7:16). Un árbol lleva fruto de acuerdo a su naturaleza interna. Un cristiano podrá llevar "frutos" de los que Jesús habla sólo cuando su naturaleza interna haya sido

transformada por el poder de la gracia de Dios, y el amor divino se haya entronizado en su corazón.

El fruto genuino en la vida de un cristiano es "amor", que se manifiesta en servicio desinteresado para con los demás. Este es el fruto que identifica al cristiano con su Señor, porque Jesús "no vino para ser servido sino para servir..." (S. Marcos 10:45). Él vino "a buscar y a salvar lo que se había perdido" (S. Lucas 19:10). Es la gracia de Dios que cambia el centro de interés otra vez; en vez de servirse a sí mismo, el cristiano piensa en los demás. El apóstol Santiago nos dice que "la religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo" (Santiago 1:27).

El amor al prójimo tiene además alcances evangelísticos. Dijo Jesús: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (S. Juan 13:34,35). Es fácil discutir y argumentar en cuanto a ideas, filosofías, pero no hay mucho que argumenta!" en contra de una persona que, movida por el amor de Dios, vive "haciendo bienes" como lo hacía su Maestro.

¿En qué sentido es nuevo este mandamiento de amarse los unos a los otros? Las palabras "amarás a tu prójimo como a ti mismo" se encuentran en el Antiguo Testamento (Levítico 19:18). Habían estado allí por 1.500 años. Los oyentes de Jesús las conocían de memoria. Lo nuevo es: "como yo os he amado". Nadie amó jamás como Jesús. Este es el mayor desafío para toda persona que genuinamente anhela caminar en el sendero de la vida cristiana.

El llevar fruto no es el resultado de un programa, de sacrificios personales, sino de una relación cercana y

constante con el Señor Jesús. Él nos dio el secreto para llevar frutos cuando dijo: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:4,5).

EL AMOR Y LA LEY

Haciendo eco de las enseñanzas de Jesús, el apóstol Pablo nos dice que "el que ama a su prójimo, ha cumplido la ley" (Romanos i 3:8). A pesar de ser tan claras, estas palabras han sido con frecuencia mal interpretadas. Hay quienes creen ver en ellas autorización para descartar la ley o por lo menos para restarle importancia, argumentando que el que ama al prójimo no necesita preocuparse por la ley. Pero es todo lo contrario. Lo que el apóstol dice es que no se puede cumplir la ley a menos que la obediencia esté motivada por el amor de Dios.

Con sólo leer lo que él dijo sobre el tema en otros contextos, debiera eliminarse toda duda en cuanto a su significado. Al concluir una sección importante en el libro de Romanos donde explica que la salvación es por fe, y no por "las obras de la ley", sin duda para evitar precisamente ser mal entendido, se pregunta: "¿Luego por la fe invalidamos la ley?" A lo que contesta inmediatamente: "En ninguna manera, sino que confirmamos la ley" (Romanos 3:31). En la misma carta abunda más sobre el tema cuando dice que "la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Romanos 7:12).

Lo que está enseñando es que una obediencia sólo a la letra de la ley es insuficiente, en realidad, es legalismo. Pero cuando hay amor a Dios en el corazón la obediencia es el fruto natural. Las palabras de Jesús sobre este tema

no pueden ser mal entendidas: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (S. Juan 14:15). El amor debe ser la motivación para una obediencia aceptable. En otras palabras, el que no ama a Dios jamás encontrará salvación por una mera obediencia a la ley, no importa cuan meticuloso sea en su obediencia.

¿QUIÉN ES MI PRÓJIMO?

El Señor Jesús difícilmente hubiera podido presentarnos un desafío mayor que el que el que dio en respuesta a la pregunta de los fariseos: "¿Cuál es el gran mandamiento en la ley?" Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo es una total imposibilidad para el corazón natural.

En forma "natural" nosotros podemos amar selectivamente a miembros de nuestra familia, a nuestros amigos, a los que pertenecen a nuestro grupo social, racial, económico. Pero el pecado nos incapacita para amar imparcialmente, de la manera como ama Dios, que "hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos" (S. Mateo 5:45).

El pecado nos ha hecho egoístas, centrados en nosotros mismos. Nos amamos y nos servimos a nosotros mismos. Todo lo hacemos para nosotros y para nuestra gloria. Nabucodonosor, rey de la antigua Babilonia, representa muy bien la realidad del hombre caído. Dijo cierto día: "¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?" (Daniel 4:30).

Mas ante la imposibilidad de amar en forma genuina aparecen otra vez las palabras *pero Dios*. El amor es un don de Dios, y por el poder transformador de su gracia, podemos amar a Dios y a nuestro prójimo. ¿Cómo? Solamente cuando Dios interviene en nuestra vida. Nos

dice la Palabra que nosotros amamos a Dios "porque él nos amó primero" (1 S. Juan 4:19), y amamos al prójimo porque "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo" (Romanos 5:5). De otra manera no podemos amar como es nuestro privilegio amar. No debemos olvidar que no nos toca a nosotros decidir quién es nuestro prójimo, para así brindarle nuestro amor. No hay nadie que no sea nuestro prójimo. Estamos llamados a amar a todos, sin distinción, así como lo hace el Señor, porque él manda a sus hijos a amarse unos a otros "como yo os he amado".

Capítulo 9

LA ESPERANZA DE LOS REDIMIDOS

Se cuenta la historia de un rey, muy sabio y prudente, cuyo mayor anhelo era conocer los acontecimientos de la historia para poder gobernar a sus súbditos con prudencia y equidad. Al darse cuenta de que nunca podría leer todos los libros y documentos importantes para conseguir la información deseada, decidió encargar esta tarea a los sabios de su reino. Cincuenta de ellos, los más entendidos, se reunieron en el palacio del rey para recibir sus instrucciones.

El rey les dijo que con el pasar de los años él se daba cuenta que nunca podría leer todos los libros importantes, por lo que les pidió que se dividiesen el trabajo, que leyeran todos los libros, y que hicieran un resumen de lo más importante y se lo trajeran lo antes posible. Los cincuenta sabios, algunos ya entrados en años, salieron para cumplir su misión. Al cabo de diez años regresaron sólo veinticinco de ellos, con el fruto de sus labores. Todo lo más importante, lo que de veras valía la pena saber, lo

habían logrado resumir en diez tomos de tamaño mediano.

El rey miró con profunda satisfacción el resultado de tanto esfuerzo, pero luego de reflexionar un momento les dijo que con los negocios tan apremiantes del reino, temía que no podría leer esos diez volúmenes. Les pidió que volvieran y que por favor lo resumieran aun más, mucho más. Los sabios regresaron para reanudar la tarea. Al cabo de cinco años regresaron sólo cinco de ellos y venían caminando muy lentamente. Ahora sí el rey podría lograr su objetivo. Habían resumido la sabiduría del mundo en un solo volumen.

El rey los felicitó por lo logrado, pero con un dejo de tristeza les dijo: "Mis amigos, yo ya estoy viejo, mi vista no está buena; me temo que no podré leer todo ese material. Me duele pedirles que regresen, pero no puedo hacer otra cosa. Por favor vuelvan y resuman este libro en unas pocas palabras; conserven sólo lo que sea muy importante, lo que es indispensable saber, nada más".

Los cinco ancianos se despidieron del rey, y lentamente se alejaron del palacio. Con toda seriedad dedicaron los últimos esfuerzos de sus vidas ya gastadas, a cumplir con el pedido del rey y resumir en pocas palabras lo más importante del mundo. Pasaba el tiempo, y los sabios no regresaban. El rey enfermó, y comenzó a temer que moriría sin ver convertido en realidad el sueño de su vida. Una tarde, cuando ya estaban casi perdidas sus esperanzas, vieron que una persona muy anciana se acercaba al palacio. Caminaba con dificultad, apoyado en un bastón. ¿Sería un mendigo? Sus ropas estaban tan gastadas como él. Para sorpresa de todos, el anciano resultó ser el último sobreviviente de los cincuenta sabios y venía a ver al rey.

Lo hicieron pasar a la cámara real. El rey estaba en cama, su salud muy quebrantada. Sin decir una palabra, el anciano

colocó en la mano del rey un anillo, en el cual estaba grabado, en siete palabras, lo que el rey quería saber, lo que es indispensable conocer; decía: EL DIOS DEL CIELO ESTABLECERÁ UN REINO. El rey pudo leer, aunque con un poco de dificultad, lo más importante del mundo, lo que de veras es indispensable saber, lo que había sido el sueño de su vida.

La inscripción grabada en el anillo del rey sigue siendo una verdad fundamental para el ser humano en todos los tiempos. La Biblia le llama a la segunda venida de Cristo, "la esperanza bienaventurada" (Tito 2:13). Es el tema mencionado con más frecuencia que ningún otro en las páginas del Nuevo Testamento. Alguien ha estimado que de cada veinticinco versículos uno habla, de una manera u otra, de la segunda venida de Cristo.

PROMESAS DE SU SEGUNDA VENIDA

La Biblia abunda en promesas en cuanto a la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo, muchas de ellas procedentes de sus propios labios. Antes de ascender al cielo, después de su resurrección, habló con mucha claridad a sus discípulos con respecto a sus planes. Una de las promesas más conocidas y alentadoras es la que registró el discípulo amado. Jesús dijo: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, *vendré otra vez*, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (S. Juan 14:1-3).

En otro lugar la Biblia habla de las dos venidas de Cristo: "Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá *por segunda vez*, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan"

(Hebreos 9:28). En realidad, toda la Biblia se centra en las dos venidas de Cristo. El Antiguo Testamento anuncia la primera venida, cuando el Señor sería ofrecido para llevar los pecados del hombre culpable. El Nuevo Testamento, si bien su foco principal es la primera venida de Cristo y su muerte en la cruz, anuncia la segunda, cuando el Señor se manifestará para poner fin al reinado del pecado y del dolor y llevar a las mansiones celestiales a los que le han aceptado como su Salvador.

LA MANERA DE SU VENIDA

La Biblia nos da bastante detalles en cuanto a la manera en que el Señor volverá a la tierra. En su sabiduría, sin embargo, el Señor Jesús previno a su iglesia en cuanto al peligro de especulaciones y errores que surgirían en cuanto a su segunda venida. Notemos sus palabras: "Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos" (S. Mateo 24:23, 24).

El apóstol Pablo también anticipa errores en cuanto a la comprensión de la segunda venida de Cristo. Nos advierte: "Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y a nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra" (2 Tesalonicenses 2:1, 2). A pesar de la claridad con que la Biblia habla en cuanto a la manera en que vendrá el Señor Jesús cuando regrese a esta tierra, circulan varias ideas en algunos círculos cristianos, que tienen poco que ver con la enseñanza bíblica. Hay quienes enseñan, por ejemplo, que la venida de Cristo ya ocurrió, en forma espiritual, en algún tiempo pasado. O que no se

trata de un evento real, visible, sino más bien algo de carácter netamente espiritual, como un símbolo de la venida de Jesús al corazón. Cuando la Escritura dice que Jesús vendrá "con las nubes y [que] todo ojo le verá" {Apocalipsis 1:7), ellos alegan, sin ningún argumento serio o convincente, que se trata del ojo de la fe, de la vista espiritual, no de algo realmente visible para los seres humanos.

Otra corriente, bastante popular en nuestros días, es lo que se conoce como "el rapto secreto". Esta teoría, que es relativamente reciente, ya que se originó en el siglo XIX, enseña que habrá dos venidas de Cristo, separada la una de la otra por un período de siete años. La primera será secreta, en la cual los fieles serán raptados misteriosamente, sin que nadie lo sepa. De un momento a otro millones de personas desaparecerán sin dejar rastro alguno.

Podrá ser que de pronto el ministro de una iglesia y la mayoría de sus miembros desaparecerán. En otro lugar el tránsito se congestionará en forma abrumadora, ya que las calles estarán llenas de automóviles sin sus choferes. Algunos aviones se estrellarán en distintos lugares debido a que los pilotos fueron raptados. Todo lo que queda de quienes se fueron son sus pertenencias, ya que ellos no las necesitan más. El rapto, según esta teoría, inaugura un período de siete años en el cual los que no estuvieron listos cuando apareció el Señor tendrán una segunda oportunidad para ser salvos.

Será un período de tribulación, cuando el anticristo impondrá en gran medida su voluntad. Al final de este período de siete años el Señor descenderá en las nubes, ahora sí en forma visible, con los santos que fueron raptados siete años antes. En esta ocasión viene a recoger a quienes se convirtieron durante los siete años, y a poner fin a la historia del mundo tal como la conocemos.

Es interesante notar que el Nuevo Testamento siempre habla de la venida de Cristo en singular, "la venida". En ningún momento enseña que habrá "dos venidas". Escuchemos al apóstol Pablo: "Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, *en su venida*" (1 Corintios 15:23). En otro lugar habla de los que "habremos quedado hasta *la venida* del Señor" (1 Tesalonicenses 4:15).

Además, en ningún lugar la Biblia enseña que la venida de Cristo será algo secreto. Al contrario, dice que en el momento de la venida de Cristo "se tocará la trompeta" (1 Corintios 15:52). El sonido de una trompeta no es algo secreto. ¿En qué basan entonces su teoría de dos venidas, una en secreto y la otra visible?

Nos parece que todo esto está basado en la interpretación incorrecta de un par de textos del Nuevo Testamento. El apóstol Pablo escribió que "si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él" (1 Tesalonicenses 4:14). La expresión "traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él" es entendida como que Jesús traerá con él, o sea que le acompañarán en una tercera venida a esta tierra. Lo que el apóstol dice es que así como Jesús murió y volvió a vivir, traerá también a la vida a quienes durmieron en Cristo.

Prestemos atención al contexto: "Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y

110- LO HIZO POR TI

los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor" (1 Tesalonicenses 4:13-17). Cuando dice que seremos arrebatados juntamente con ellos, no se refiere a los que acompañarán a Cristo en su tercera venida, sino a los santos que han resucitado. Nosotros no precederemos a los que durmieron, dice el texto.

Sin duda lo más preocupante de esta teoría es que da la idea de que quienes no estén listos cuando se produzca el rapto tendrán una segunda oportunidad para aceptar el Evangelio. En varias parábolas Jesús enseñó precisamente lo contrario, que cuando él venga será demasiado tarde para una nueva oportunidad. En la conocida parábola del trigo y la cizaña Jesús habló de lo que ocurrirá en el fin del siglo: "Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro [el trigo y la cizaña] hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero" (S. Mateo 13:30).

Jesús comparó su venida con un relámpago: "porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre" (S. Mateo 24:27). Pocas cosas son más visibles que un relámpago. Jesús dijo además que "cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él [los ángeles, no los justos que fueron raptados], entonces se sentará en su trono de gloria" (S. Mateo 25:31).

Tenemos además el testimonio de los discípulos que lo vieron ascender, y escucharon a los visitantes celestiales hablarles del regreso del Señor: "Y [Jesús] habiendo dicho estas cosas, *viéndolo* ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos

puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí que se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido lomado de vosotros al cielo, *así vendrá como te habéis visto ir al cielo*" (Hechos 1:9-11).

EL PROPÓSITO DE SU VENIDA

Varias cosas sucederán en ocasión de la segunda venida de Cristo. En primer lugar, terminará el imperio del dolor y de la muerte. "Las primeras cosas pasaron" (Apocalipsis 21:4), nos anuncia la Palabra. Será, además, un momento de juicio para la humanidad, ya que ésta quedará dividida en dos grupos. Según las palabras de Jesús: "Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a la derecha, y los cabritos a la izquierda" (S. Mateo 25:31-33).

Jesús dice específicamente: "Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria del Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras" (S. Mateo 16:27). ¿Cuál será el pago? ¿Qué significa que unos irán a la derecha y otros a la izquierda? Los que están a la derecha, los redimidos, habitarán las moradas que el Señor ha ido a preparar. Serán salvos por la eternidad. Los que han rechazado la gracia de Dios recibirán "la paga del pecado", el castigo final.

El apóstol Pablo es muy específico al hablar del destino de los dos grupos. Dice que a los redimidos les dará reposo, "cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder", pero vendrá "en llama de fuego para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni

obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo; *los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor...*" (2 Tesalonicenses 1:7-9).

El castigo, según este pasaje, será "eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor", en contraste con los salvados que disfrutarán de la presencia del Señor por los siglos de los siglos. Para los perdidos no se trata de sufrimiento eterno, sino de perdición eterna. Cuando una persona muere, "duerme", según las palabras de Jesús. "Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle" (S. Juan 11:11), dijo Jesús, y Lázaro había muerto hacía ya cuatro días. Tanto los buenos como los malos, al morir, van a la tumba, donde aguardan, inconscientes, la venida de Cristo, porque "los muertos nada saben" (Eclesiastés 9:5). En el Edén Dios les dijo a Adán y Eva que la consecuencia de su desobediencia sería la muerte: "e; día que de él comieres, ciertamente morirás" (Génesis 2:17). El castigo no sería sufrimiento indefinido, sino la muerte. Así lo enseña el Nuevo Testamento, cuando dice que "la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23).

La separación se hará también con los muertos. Siete siglos antes de Cristo el profeta Daniel hizo referencia a este evento futuro. Hablando del fin de la historia dijo que "muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua" (Daniel 12:2). El Señor lo dijo en forma aun más clara: "No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación" (S. Juan 5:28, 29).

En ocasión de la segunda venida de Cristo "los buenos", los que aceptaron la gracia de Dios, tanto los que estén vivos como los que hayan muerto a lo largo de la historia.

serán reunidos para gozar de las dichas de la eternidad. Al mismo tiempo "los malos," tanto vivos como muertos, también serán reunidos, pero para recibir su castigo.

LA APARENTE DEMORA

Una de las preguntas difíciles de contestar en el terreno religioso es en cuanto a la demora de la venida de Jesús. ¿Por qué no ha venido todavía? Han pasado ya casi dos mil años desde que concluyó su misión redentora aquí en la tierra, y todavía no ha vuelto. Es posible que esta pregunta nunca podrá contestarse en forma que dé respuesta a todos los interrogantes. La Biblia no nos da información precisa en cuanto a la fecha de este evento. Nunca debemos olvidar que hay cosas en los planes de Dios que no están reveladas en todo detalle, y no nos toca a nosotros especular tocante a lo que Dios nos reveló.

Además, los caminos de Dios no son nuestros caminos. "Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos" (Isaías 55:8, 9). A Dios no lo apremia el tiempo como a nosotros. El tiene un universo entero que tomar en cuenta al hacer sus decisiones. Lo que a nosotros nos parece mil años, para el Señor es como un día (2 S. Pedro 3:8).

Después que Adán y Eva pecaron, Dios prometió que vendría un redentor. Y uno se pregunta por qué dejó pasar tanto tiempo, más de cuatro mil años, hasta que cumplió su promesa. Y sin embargo, cuando llegó la hora en el reloj divino, el redentor vino. Dice la Escritura en forma sobria y segura: "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley" (Gálatas

4:4, 5). Los planes de Dios no conocen ni premura ni demora; son siempre seguros.

En cuanto a la segunda venida de Cristo existen dos aspectos que deben ser mantenidos en mente. Uno es la inminencia y el otro es la certeza. El Nuevo Testamento habla de la venida de Cristo como algo inminente; como algo que podría ocurrir en cualquier momento. En realidad, las últimas palabras de la Biblia así lo indican: "Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven Señor Jesús. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén" (Apocalipsis 22:20, 21).

Existe, además, una dimensión eminentemente personal en todo esto. Hay siempre una cierta urgencia para el cristiano, en el sentido que la vida es incierta y no sabemos lo que nos trae el futuro. El apóstol Santiago lo dijo bien: "... no sabéis lo que será mañana. Porque, ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece" (Santiago 4:14). Por eso la Biblia pone tanto énfasis en el presente, en el momento actual, porque es en realidad el único que tenemos. Nos aconseja la Palabra: "Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones" (Hebreos 3:7,8). El sabio Salomón nos recuerda que "los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido" (Eclesiastés 9:5). Después de la muerte no hay otra oportunidad; de ahí la urgencia de tomar en serio nuestro destino, porque, "¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?" (Hebreos 2:3).

El mismo autor bíblico nos habla de la necesidad de perseverar en la espera. Nos dice: "No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad

de Dios, obtengáis la promesa" (Hebreos 10:35,36). Jesús nos exhortó a perseverar: "Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo" (S. Mateo 10:22). Aunque no sabemos cuándo vendrá el Señor, porque "el día y la hora nadie sabe" (S. Mateo 24:36), sí sabemos que va a venir pronto, cuando llegue el cumplimiento del tiempo en el reloj divino.

PREPARACIÓN PARA SU VENIDA

Una pregunta que surge inevitablemente cuando pensamos en la fragilidad de la vida y en nuestro destino eterno, es cómo prepararnos; cómo podemos estar seguros de que tendremos una parte en ese reino que el Señor ha ido a preparar para sus hijos. La verdad es que la respuesta es muy sencilla. El Nuevo Testamento nos cuenta la historia del carcelero de Filipos. El apóstol Pablo y Silas habían sido encarcelados por el crimen de predicar el Evangelio.

A medianoche, estos dos señores estaban cantando en la cárcel, cuando de repente se produjo un fuerte terremoto que abrió las puertas de la cárcel y los presos quedaron libres para escapar. El carcelero, temeroso por lo que había sucedido, y la suerte que él corría como responsable de los presos, intentó suicidarse. Pablo se lo impidió diciéndole que todos estaban allí. El carcelero cayó a los pies del apóstol con la pregunta de los siglos: "Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? Y ellos [Pablo y Silas] dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa" (Hechos 16:30,31).

Esta respuesta breve lo encierra todo. La mejor, en realidad la única preparación posible es poner la vida en las manos del Señor; creer en él, aceptarle como el Salvador y descansar en su amor. El mismo Señor Jesús lo dijo: "Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (S. Juan 14:6).

Capítulo 10

EL HOGAR DE LOS REDIMIDOS

Una mujer tenía entre sus pertenencias más preciadas un pañuelo blanco de fina calidad que alguien le había regalado como demostración de cariño y amistad. Un día mientras hacía las tareas de la casa, en un momento de descuido, dejó caer una gota de tinta negra sobre el objeto tanpreciado. El pañuelo quedó arruinado, y se convirtió en objeto de tristeza y frustración para su dueña. Aparentemente no había nada que se pudiese hacer, Y el pañuelo permaneció así, manchado, por mucho tiempo.

Un día aceptó a pasar por la casa un antiguo amigo de la familia, quien era un consumado artista. Durante la conversación se enteró de la preocupación de su amiga debido a la tragedia con el pañuelo, y se ofreció para encontrarle una solución. Llevó el pañuelo a su taller, y después de algunas semanas lo trajo de regreso a su dueña, quien lo encontró irreconocible. Con aquella mancha como base, había pintado un hermoso paisaje, al punto que el

pañuelo lucía mucho más hermoso y atractivo que antes, aun en su estado original.

Nuestro mundo fue una vez pulcro y hermoso, perfecto en todas sus dimensiones. Pero un día también le cayó una mancha negra que lo dejó totalmente arruinado. Esto llenó de tristeza el corazón de su dueño. Hace 2.000 años el Artista supremo pasó por aquí, y desde entonces está pintando un paisaje a partir de esa mancha, y cuando haya terminado, nuestro mundo quedará irreconocible, y lucirá aun más hermoso que en su perfección original. Será un momento cuando los redimidos exclamarán jubilosos, "cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Corintios 2:9).

EL IDEAL INTERRUMPIDO

Una vida breve, llena de sufrimientos y desengaños, y finalmente la muerte, no es lo que Dios tuvo en mente para sus hijos. Al salir de las manos del Creador todo era "bueno en gran manera" (Génesis 1:31). Adán y Eva tenían el privilegio de vivir para siempre y disfrutar las bellezas de ese mundo perfecto. Los pensamientos de Dios son siempre de paz, y no de mal. El pecado interrumpió los planes de Dios. Pero aunque interrumpidos y malogrados, no se frustrarán en forma indefinida. Dios ha hecho un paréntesis para solucionar el problema creado por el pecado, luego de lo cual todas las cosas volverán a reflejar la perfección edénica.

El Edén florecerá otra vez en la tierra, y será para siempre la morada de los redimidos. La Biblia, en su última página, tiene una promesa hermosa: "Y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron" (Apocalipsis 21:4).

Las intenciones originales de Dios las encontramos al comienzo de la Biblia, en los dos primeros capítulos del libro de Génesis, donde nos dice que Dios creó a sus hijos, y los puso a vivir en el Edén, un jardín, dándoles lo mejor y lo más hermoso que podía ofrecerles. En ese hogar iban a vivir para siempre, sin enfermedad ni dolor, disfrutando de la compañía permanente de su Creador.

¿Cuánto tiempo vivieron nuestros primeros padres en ese estado de perfección e inocencia? No lo sabemos. Pero si sabemos que el pecado trastornó los planes de Dios. Adán y Eva tuvieron que salir del Edén para cultivar la tierra bajo circunstancias muy adversas. Porque el pecado no sólo les afectó a ellos, sino también a la naturaleza. "Maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días" (Génesis 3:17), les había anunciado Dios. Y eventualmente la sentencia divina: "Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás" (Génesis 3:19), se cumplió en su más mínimos detalles. Adán y Eva murieron, y la misma suerte le toca a toda su descendencia.

RESTAURACIÓN DE TODAS LAS COSAS

Los primeros dos capítulos de la Biblia hablan del origen de todas las cosas, y los dos últimos relatan la restauración de todas las cosas a su perfección original. El apóstol Pedro escribió algo muy interesante al respecto. Dice que en los últimos tiempos reinaría la incredulidad, que habría burladores que ridiculizarían las promesas de la Biblia. Entonces dice: "Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero

los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos" (2 S. Pedro 3:3-7).

El apóstol habla de cuatro mundos: "los cielos y la tierra que existen ahora", o sea el mundo del presente; en segundo lugar habla de "el mundo de entonces", el mundo que fue destruido por el diluvio. El mundo antediluviano había sido precedido por el mundo original, tal como salió de las manos de Dios, y el cuarto mundo será la tierra restaurada. Porque el plan de redención tiene que ver no sólo con el hombre, sino con todo lo que ha sido afectado por el pecado. La Biblia usa la palabra "regeneración" para referirse a la restauración de todas las cosas. Este vocablo, compuesto de dos palabras griegas, significa "un nuevo génesis", o Un nuevo comienzo. Habrá un nuevo génesis otra vez. Todas las cosas serán restauradas.

Esta regeneración, o nuevo génesis, tendrá dos aspectos principales. Uno general, de todas las cosas, de la creación. El apóstol Pablo nos recuerda que debido al pecado "toda la creación gime a una" (Romanos 8:22) mientras espera el momento de su restauración. "De cierto os digo -dijo Jesús-, que en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria..." (S. Mateo 19:28). La maldición que afectó a la naturaleza en el principio (Génesis 3:17), será quitada para siempre. Una de las últimas palabras del último libro de la Biblia subraya esta realidad cuando dice hablando de la tierra restaurada: "Y no habrá más maldición" (Apocalipsis 22:3).

El otro aspecto de la regeneración tiene que ver con la transformación de los hijos de Dios, porque ellos también gimen bajo los efectos agobiadores del pecado. Dice la Palabra que el Señor Jesús "nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino

por su misericordia, por *el lavamiento de la regeneración*, y por la renovación en el Espíritu Santo" (Tito 3:5).

Los últimos vestigios del pecado serán eliminados para siempre de la naturaleza humana en ocasión de la segunda venida de Cristo. El discípulo amado nos dice: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; *pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es*" (1 S. Juan 3:2). Lo mismo nos recuerda el apóstol Pablo cuando escribe que "nuestra ciudadanía está en los ciclos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya" (Filipenses 3:21).

Las condiciones ideales del Edén volverán a reinar en esta tierra. El apóstol Pedro expresó esta verdad cuando dijo que "Nosotros esperamos, según su promesa, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia" (2 S. Pedro 3:13). Anunciando el reinado del Mesías en esta tierra renovada, Isaías dijo que "morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia domestica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, y sus crías se echarán juntas; el león como el buey comerá paja... No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar" (Isaías 11:6-9). Toda la naturaleza reflejará en sus más mínimos detalles la perfección con la cual Dios hace las cosas.

EL HOGAR DE LOS REDIMIDOS

El plan de Dios es que sus hijos redimidos vivan para siempre. "De tal manera amó Dios al mundo que ha dado

a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3:16). Este era el propósito original de Dios para con Adán y Eva. Hubieran tenido "vida eterna" si hubieran vivido en obediencia a Dios. Esta tierra, restaurada otra vez por el Creador, será el hogar feliz de los redimidos por la eternidad. El Señor Jesús dijo a la multitud que le oía: "Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad"¹ (S. Mateo 5;5).

Citamos más arriba las palabras de Jesús en las que les decía a sus discípulos que iba a preparar moradas para sus hijos en la casa de su Padre (S. Juan 14:2). Entendemos que la casa del Padre, el trono de Dios, está en el cielo. Pero, ¿no es que nuestro hogar eterno estará en esta tierra? ¿Dónde vivirán los redimidos, en el cielo o en la tierra? En ambos lugares, contesta la Escritura. Al venir el Señor Jesús llevará a los redimidos con él a las mansiones celestiales, donde pasarán mil años en compañía de Dios. Después de los mil años descenderá la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, a su lugar permanente en esta tierra. Este momento será, además, cuando se llevará a cabo el encuentro final y definitivo entre las fuerzas del bien y del mal, y Satanás encontrará su fin.

La Escritura dice que después de los mil años Satanás y sus seguidores, sus ángeles y aquellos que hayan rechazado la gracia de Dios, unirán sus fuerzas para luchar contra la Santa Ciudad que descenderá del cielo con los redimidos. Veamos lo que pasará: "y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió" (Apocalipsis 20:9).

Y así el Señor Jesús, la simiente de la mujer, aplastará para siempre la cabeza de "la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo

(Apocalipsis 12:9). En el lago de fuego encontrará su pago final, porque será un fuego que "no les dejará ni raíz ni rama" (Malaquías 4:1).

LA PRESENCIA DEL FUTURO

Pensando en la realidad que las promesas de Dios no son sólo para el futuro, sino que tienen una dimensión presente, alguien escribió un libro titulado *La presencia del futuro*. La tesis del libro es que la persona redimida puede gozar anticipadamente del bienestar futuro ya en esta vida, mientras aguarda por fe la "esperanza bienaventurada".

El Señor Jesús habló de estas dos dimensiones en su reino. En la oración modelo que enseñó a sus discípulos, conocida como el Padrenuestro, los enseñó a orar como si su reino fuera algo futuro: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino" (S. Mateo 6:9, 10). En otra ocasión, sin embargo, él habló de su primera venida como el momento del establecimiento de su reino. En respuesta a algunos que lo acusaban por las obras de sanidad que había realizado, él les dijo: "Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios" (S. Mateo 12:28).

El reino ya ha llegado, pero todavía decimos "venga tu reino". Suelen usarse las palabras "ya, pero no todavía" para expresar esta realidad. Con la primera venida de Cristo se inauguró su reino; pero la consumación será en ocasión de su segunda venida. El apóstol Pablo expresa su comprensión de la realidad de la redención cuando escribió que el Señor "nos ha librado de la potestad de las tinieblas y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados" (Colosenses 1:13,14).

Dice el texto que el Señor "[nos ha] trasladado al reino de su amado Hijo". En un sentido real la redención es un hecho presente, que debiéramos aprender a disfrutar ahora. ¿Cuál es el secreto para disfrutar anticipadamente de las bendiciones del reino? Todo lo determina nuestra relación con Jesús. Dice la Palabra que "el que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (1 S. Juan 5:12). ¿Notamos el tiempo del verbo? No dice "tendrá", sino "tiene"; es algo que puede disfrutarse ya..

EL TRONO DE DIOS Y DEL CORDERO

Lo que hará que el hogar de los redimidos sea de veras un hogar será la presencia de Dios, nuestro Padre celestial. Dice la Biblia, hablando de la tierra nueva: "Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios" (Apocalipsis 21:3).

Más adelante el apóstol agrega que: "Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes" (Apocalipsis 22:1-4).

CONCLUSIÓN

La pregunta que el carcelero de Filipos hizo hace casi dos **mil** años, después de que un terremoto había sacudido los cimientos de la prisión: "Señores, ¿que debo hacer para ser salvo?", es la pregunta de mayor trascendencia que ser humano alguno pueda formular. Y la respuesta que le dieron los discípulos: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa" (Hechos 16:30, 31), es todavía hoy la única respuesta.

En las páginas precedentes hemos tratado de presentar, aunque en forma breve, los aspectos más salientes del drama de la redención. Podremos ignorar otras áreas del conocimiento sin sufrir gran pérdida, pero no podemos arriesgarnos a tomar livianamente lo que tiene que ver con la eternidad. Estamos sólo de paso por esta vida, y pasaremos por ella sólo una vez. "Porque ¿qué aprovechará al hombre" -dijo Jesús-, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?" (S. Mateo 16:26).

Hemos visto que la obra de la redención abarca dos aspectos fundamentales que se complementan: uno objetivo y otro subjetivo; tiene que ver con lo que Dios ha hecho *por* nosotros y lo que quiere hacer *en* nosotros.

LO QUE DIOS HIZO POR NOSOTROS

Dios, independientemente de toda participación humana, se encargó de resolver el problema en el cual había caído el hombre debido a su desobediencia.

Para ello, Cristo tomó nuestra naturaleza para poder llegar a ser nuestro sustituto y representante. Al morir en la cruz canceló la deuda que teníamos pendiente y nos restauró al favor de Dios. El amor de Dios es la única explicación que se puede dar del Evangelio. Ningún esquema humano hubiera ideado algo semejante. La Escritura nos recuerda que "Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores. Cristo murió por nosotros... [y] mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida" (Romanos 5:8-10).

Lo que Jesús hizo por medio de su vida perfecta y de su muerte vicaria es algo que jamás podremos comprender en toda su profundidad, pero sí sabemos que de esa manera proveyó la justicia que la santa ley de Dios demanda, la que podemos nosotros recibir gratuitamente si la aceptamos por fe. Ese fue el medio por el cual Dios decidió redimirnos. Ya citamos las palabras gloriosas de la Escritura que dicen que "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación" (2 Corintios 5:19).

En la cruz Jesús pagó el precio de la redención de la raza humana. La Escritura dice que hemos sido comprados "por precio" (1 Corintios 6:20), ya que "hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, *el cual se dio así mismo en rescate por todos*" (1 Timoteo 2:5, 6). **Lo hizo por ti.** Al morir Jesús la

humanidad quedó legalmente redimida. El ser humano le pertenece otra vez a Dios.

LO QUE DIOS HACE EN NOSOTROS

Los objetivos de Dios no se limitan, sin embargo, a un decreto de emancipación en virtud del cual se cancela una deuda y los esclavos quedan libres. Si bien su plan se inicia con una obra de rescate, incluye también la transformación interior de los redimidos para que puedan volver a reflejar la imagen de Dios conforme a la cual fueron creados. El apóstol Pablo enfatiza esta dimensión subjetiva de la redención cuando escribe: "No os conforméis a este siglo, sino *transformaos* por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Romanos 12:2). El tiempo del verbo nos permitiría traducir la expresión como "sed transformados", o "permitid ser transformados". Porque la transformación interior es la obra de Dios que ocurre cuando nosotros no nos resistimos.

La palabra "transformaos" viene de una palabra griega, *metamorfoo*, que da origen a la palabra "metamorfosis". San Marcos usa esta palabra para describir el cambio ocurrido en Jesús en el Monte de la transfiguración, cuando dice que "Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se *transfiguró* delante de ellos" (S. Marcos 9:2). En otras palabras, Jesús experimentó una "metamorfosis", un cambio radical, ya que "sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve".

En el mundo natural se usa la palabra "metamorfosis" para describir el cambio que se lleva a cabo cuando un gusano, poco atractivo y a veces repelente, se transforma en una hermosa mariposa de atractivos colores. La

transformación de la cual habla la Escritura, tiene que ver, a nivel personal, con la mente, con nuestra manera de pensar, con el corazón, con lo que en realidad somos. ¿Y cuál es el objetivo de esta transformación de la mente? Lograr no sólo entender, sino también *experimentar* cuál es la voluntad de Dios para poder entonces vivir en obediencia a ella, porque "no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, *sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos*" (S. Mateo 7:21), dijo Jesús.

Jesús habló de esta dimensión de la vida cristiana usando la figura de "llevar frutos". Una planta lleva frutos de acuerdo a su naturaleza. Escuchemos cómo lo expresó él: "Por sus frutos los conoceréis, ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos" (S. Mateo 7:16, 17).

Jesús nos dijo, además de esas palabras que han llegado a ser muy conocidas por su sencillez y profundidad, cuál es el secreto para poder vivir una vida donde se manifiesten los frutos de su gracia: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí, y yo en él, *éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer*" (S. Juan 15:4, 5). El secreto de una vida cristiana victoriosa consiste en aceptar por fe la gracia de Dios y luego permanecer unidos a Jesús, la vid verdadera, no importa cuáles sean las circunstancias que nos toque afrontar.

RESPUESTA PERSONAL

Lo que debemos recordar siempre es que la salvación es algo eminentemente personal, y que el Señor nunca va

a forzar nuestra voluntad. Nos creó seres libres, con capacidad de elegir, de responder, aun de rechazar su amor; y él respeta nuestras decisiones. Pero sí pone delante de nosotros "la vida y la muerte, la bendición y la maldición"; y nos aconseja con amor paternal: "escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia" (Deuteronomio 30:19). Quisiera dejar contigo, amigo lector, la invitación de Jesús contenida en el último libro de la Biblia. Dice Jesús: "He aquí yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20). Dios llama e invita; nos toca a nosotros abrir la puerta y decirle: sí, te acepto, por favor, entra en mi corazón. Las estrofas de un himno cristiano muy conocido, titulado "¿Has calculado el costo?", ponen de relieve lo trascendente de tu decisión:

Cuando llegue el momento de tu decisión, No lo dejes por alto pasar. Si lo haces, estás en peligro mortal. ¿Has contado lo que puede costar?

El pecado te hace tu alma perder. Aunque el mundo se postre a tus pies, puede ser que la puerta cerrándose esté. ¿Has pensado lo que puede costar?

Él te llama aún en su grande amor. Todavía te invita a entrar. ¿No te dejas salvar? ¿No le dices: "ya voy, he contado lo que puede costar?"